

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: PARTE 5

Visiones y revelaciones intelectuales de María Santísima.

634. El tercer género de visiones o revelaciones Divinas que tuvo María Santísima, fueron intelectuales. Y aunque la noticia abstractiva o visión de la divinidad se puede llamar revelación intelectual, pero doyle otro lugar solo y más alto por dos razones: la una, porque el objeto de aquella revelación es único y supremo entre las cosas inteligibles, y estas más comunes revelaciones intelectuales tienen muchos y varios objetos, porque se extienden a cosas espirituales y materiales y a las verdades y misterios inteligibles; la otra razón es, porque la visión abstractiva de la divina esencia se causa por especies altísimas, infusas y sobrenaturales de aquel objeto infinito; pero la común revelación y visión intelectual algunas veces se hace por especies infusas al entendimiento de los objetos revelados y otras veces no son necesarias infusas para todo lo que se entiende; porque pueden servir a esta revelación las mismas especies que tiene la imaginación o fantasía y en ellas puede el entendimiento, ilustrado con nuevo lumen y virtud sobrenatural, entender los misterios que Dios le revela, como sucedió a José en Egipto (Gén., 40) y a Santo Profeta Daniel en Babilonia (Dan., 2, 19). Y este modo de revelaciones tuvo Santo Rey David; y fuera del conocimiento de la Divinidad, es el más noble y seguro, porque ni los demonios ni los mismos Ángeles buenos pueden infundir esta luz sobrenatural en el entendimiento, aunque pueden mover las especies por la imaginación y fantasía.

635. Esta forma de revelación intelectual fue común a los Profetas Santos del Viejo y Nuevo Testamento, porque la luz de la profecía perfecta, como ellos la tuvieron, se termina en la inteligencia de algún misterio oculto; y sin

esta inteligencia o luz intelectual no fueran profetas perfectamente ni hablaran proféticamente. Y por eso, el que hace o dice alguna cosa profética, como Caifas (Jn., 11, 51) y los soldados que no quisieron dividir la túnica de Cristo nuestro Señor (Jn., 19, 24), aunque fueron movidos con impulso Divino, no eran perfectamente profetas; porque no hablaban proféticamente, que es con lumbre divino o inteligencia. Verdad es que también los Profetas Santos y perfectamente profetas, que se llamaban videntes por la luz interior con que miraban los secretos ocultos, podían hacer alguna acción profética, sin conocer todos los misterios que comprendía, o sin conocer alguno; pero en aquella acción no fueran tan perfectamente profetas como en las que profetizaban con inteligencia sobrenatural. Tiene esta revelación intelectual muchos grados que no toca a este lugar declararlos; y aunque la puede comunicar el Señor desnudamente y sin caridad o gracia y virtudes, pero de ordinario anda acompañada con ellas, como en los Profetas, Apóstoles y Justos, cuando como a amigos les manifestaba sus secretos; como también sucede cuando las revelaciones intelectuales son para el mayor bien del que las recibe, como arriba está dicho (Cf. supra n. 617). Por esta razón piden estas revelaciones muy buena disposición en el alma que ha de ser levantada a estas Divinas inteligencias, que de ordinario no las comunica Dios si no es cuando el alma está quieta, pacífica, abstraída de los afectos terrenos y bien ordenadas sus potencias para los efectos de esta luz Divina.

636. En la Reina del cielo fueron estas inteligencias o revelaciones intelectuales muy diferentes que las de los Santos y Profetas; porque las tenía Su Alteza continuas, y en acto y en hábito, cuando no gozaba de otras visiones más altas de la Divinidad. Y a más de esto, la claridad y extensión de esta luz intelectual y sus efectos fueron incomparables en María Santísima; porque de los

Misterios, verdades y sacramentos ocultos del Altísimo, conoció ella más que todos los Santos Patriarcas, Profetas, Apóstoles y más que los mismos Ángeles juntos; y todo lo conocía con mayor profundidad, claridad, firmeza y seguridad. Con esta inteligencia penetraba desde el mismo ser de Dios y sus atributos hasta la mínima de sus obras y criaturas, sin escondersele cosa alguna en que no conociese la participación de la grandeza del Criador y su Divina disposición y providencia; y sola María Santísima pudo decir con plenitud que el Señor la manifestó lo incierto y oculto de su sabiduría, como lo afirmó el Profeta (Sal., 50, 8). Los efectos que causaban en la Soberana Señora estas inteligencias, no es posible decirlo, pero toda esta Historia sirve para su declaración. En otras almas son de admirable utilidad y provecho, porque iluminan altamente el entendimiento, inflaman con increíble ardor la voluntad, desengañan, desvían, levantan y espiritualizan a la criatura; y tal vez parece que hasta el mismo cuerpo terreno y pesado se aligera y sutiliza en emulación santa de la misma alma. Tuvo la Reina del cielo en este modo de visiones otro privilegio, que diré en el capítulo siguiente.

Visiones imaginarias de la Reina del Cielo María Santísima.

637. El cuarto lugar tienen las visiones imaginarias que se hacen por especies sensitivas causadas o movidas en la imaginación o fantasía; y representan las cosas con modo material y sensitivo, como cosa que se mira con los ojos, o se oye, o se toca, o se gusta. Debajo de esta forma de visiones manifestaron los profetas del Testamento Viejo grandes misterios y sacramentos, que les reveló el Altísimo en ellas, particularmente San Ezequiel, San Daniel y San Jeremías; y debajo de semejantes visiones escribió el Evangelista San Juan su Apocalipsis. Por la

parte que tienen estas visiones de sensitivo y corpóreo, son más inferiores que las precedentes; y por eso las puede remedar el demonio en la representación, moviendo las especies de la fantasía, pero no las remeda en la verdad el que es padre de la mentira. Con todo eso se deben mucho desviar estas visiones y examinar con la doctrina cierta de los Santos y Maestros, porque, si el demonio reconoce alguna golosina en las almas que tratan de oración y devoción y si lo permite Dios, las engañará fácilmente; pues aun aborreciendo el peligro de estas visiones los Santos fueron invadidos con ellas por el demonio transfigurado en luz, como en sus vidas está escrito para nuestra erudición y cautela.

638. Donde estuvieron estas visiones y revelaciones imaginarias sin peligro alguno y con toda seguridad y condiciones Divinas, fue en María Santísima, cuya interior luz no podía oscurecer ni invadir toda la astucia de la serpiente. Tuvo nuestra Reina muchas visiones de este género; porque en ellas le fueron manifestadas muchas obras de las que su Hijo Santísimo hacía cuando estaba ausente, como en el discurso de su vida veremos (Cf. infra p. II n. 965-994, 1156, 1204-1222). Conoció también por visión imaginaria otras muchas criaturas y misterios en ocasiones que era necesario según la divina voluntad y dispensación del Altísimo. Y como este beneficio con los demás que recibía la soberana Princesa del cielo eran ordenados a fines altísimos, así en lo que le tocaba a su santidad, pureza y merecimientos, como en orden al beneficio de la Iglesia, cuya Maestra y Cooperadora de la Redención era esta gran Madre de la gracia, por esto los efectos de estas visiones y de su inteligencia eran admirables, y siempre con incomparables frutos de gloria del Altísimo y aumento de nuevos dones y carismas en el alma santísima de María. De lo que en las demás criaturas suele suceder con estas visiones diré en la siguiente; porque de estas dos especies de visiones se

debe hacer un mismo juicio.

Visiones divinas corpóreas de María Santísima.

639. El último y quinto grado de visiones y revelaciones es el que se percibe por los sentidos corporales exteriores, que por eso se llaman corpóreas, aunque puede suceder de dos maneras. La una es propia y verdaderamente corpórea, cuando con cuerpo real y cuantitativo se aparece a la vista o al tacto alguna cosa de la otra vida, Dios, Ángel, o Santo, o el demonio, o alma, etc., formándose para esto, por ministerio y virtud de los ángeles buenos o malos, algún cuerpo aéreo y fantástico, que si bien no es cuerpo natural ni verdadero de lo que representa, pero es verdaderamente cuerpo cuantitativo del aire condensado con sus dimensiones cuantitativas. Otra manera de visiones corpóreas puede haber más impropia, y como ilusoria del sentido de la vista, cuando no es cuerpo cuantitativo el que se percibe, sino unas especies del cuerpo y color, etc., que alterando el aire medio puede causar un ángel en los ojos; y el que las recibe piensa que mira algún cuerpo real presente; y no hay tal cuerpo, sino solas especies con que se altera la vista con una fascinación imperceptible al sentido. Este modo de visiones ilusorias al sentido no es propia de los buenos ángeles ni apariciones divinas, aunque es posible, y, tal pudo ser la voz que oyó Samuel (1 Sam., 3, 4); mas las afecta el demonio por lo que tienen de engaño, especialmente por los ojos; y así por esto como porque no tuvo la Reina esta forma de visiones, sólo diré de las verdaderamente corpóreas, que fueron las que tenía.

640. En la Escritura hay muchas visiones corporales que tuvieron los Santos y Patriarcas. Adán vio a Dios representado por el ángel (Gén., 3, 8); Abrahán a los tres Ángeles (Gén., 18, 1-2), Santo Profeta y Legislador Moisés

la zarza (Ex., 3, 2), y muchas veces al mismo Señor. También han tenido muchas visiones corpóreas e imaginarias otros que eran pecadores, como Caín (Gén., 4, 9), Baltasar (Dan., 5, 5), que vio la mano en la pared; y de las imaginarias tuvo Faraón (Gén., 41, 2) la visión de las vacas y Nabucodonosor la del árbol (Dan., 4, 2) y estatua (Dan., 2, 1); y otras semejantes hay en las Divinas letras. De donde se conoce que para estas visiones corpóreas e imaginarias no se requiere santidad en el que las recibe. Pero es verdad que quien tiene alguna visión imaginaria o corpórea, sin alcanzar luz o alguna inteligencia, no se llama profeta, ni es perfecta revelación en el que ve o recibe las especies sensitivas, sino en el que tiene la inteligencia, que, como dijo Daniel (Dan., 10, 1), es necesario en la visión; y así fueron profetas José y el mismo San Daniel, y no Faraón, ni Baltasar, ni Nabucodonosor. Y aquella será más alta y excelente visión en razón de visión, que viniere con mayor y más alta inteligencia, aunque en cuanto a lo aparente son mayores las que representan a Dios y su Madre santísima, y después a los Santos por sus grados.

641. El recibir visiones corpóreas cierto es que pide estar dispuestos los sentidos para percibirlos con ellos. Las imaginarias muchas veces las envía Dios en sueños, como al santísimo José (Mt., 1, 20), esposo de María purísima, y a los Reyes Magos (Mt., 2, 12) y Faraón (Gén., 41, 2), etc. Otras se pueden recibir estando en los sentidos corporales, que en esto no hay repugnancia. Pero el modo más común y connatural a estas visiones y a las intelectuales, es comunicarlas Dios en algún éxtasis o raptó de los sentidos exteriores; porque entonces están las potencias interiores todas más recogidas y dispuestas para la inteligencia de cosas altas y Divinas; aunque en esto menos suelen impedir los sentidos exteriores para las visiones intelectuales que para las imaginarias, porque éstas están más cerca de lo exterior que las

inteligencias del entendimiento. Y por esta causa, cuando las revelaciones intelectuales son por especies infusas, o cuando el afecto no arrebató los sentidos, se reciben muchas veces, sin perderlos, inteligencias altísimas de grandes misterios y sobrenaturales.

642. En la Reina del Cielo sucedía esto muchas veces y casi frecuente; porque si bien tuvo muchos raptos para la visión beatífica —donde siempre es forzoso en los viadores— y también en algunas visiones intelectuales e imaginarias, pero, aunque estaba de ordinario en sus sentidos, tenía más altas revelaciones e inteligencias que todos los Santos y Profetas en sus mayores raptos, donde vieron tantos misterios. Ni tampoco para las visiones imaginarias estorbaban a nuestra gran Reina los sentidos exteriores; porque su dilatado corazón y sabiduría no se embarazaba con los efectos de admiración y amor, que suele arrebatar los sentidos en los demás Santos y Profetas. De las visiones corpóreas que tuvo Su Majestad de los Ángeles, consta por la anunciación de San Gabriel Arcángel (Lc., 1, 28). Y aunque del discurso de su vida santísima no lo digan los Evangelistas, no puede el juicio prudente y católico poner duda, pues la Reina de los cielos y de los Ángeles había de ser servida de sus vasallos; como adelante iremos (Cf. infra n. 761 y passim) declarando el continuo obsequio que le hacían los de su guarda, y otros en forma corporal y visible, como se verá en el capítulo siguiente.

643. Las demás almas deben ser muy circunspectas y cautelosas en este género de visiones corporales, por estar más sujetas a peligros, engaños e ilusiones de la serpiente antigua; quien nunca las apeteciere, excusará gran parte del peligro. Y si hallando al alma lejos de éste y otros desordenados afectos, le sucediere alguna visión corporal o imaginaria, deténgase mucho en creer y en ejecutar lo que le pide la visión; porque será muy mala

señal, y propia del demonio, querer luego y sin acuerdo ni consejo que se le dé crédito y obedezca; lo que no hacen los Santos Ángeles, como maestros de obediencia y verdad, prudencia y santidad. Otros indicios y señales se toman de la causa y efectos de estas visiones para conocer su seguridad y verdad o engaño; pero yo no me detengo en esto por no alejarme más de mi intento y porque me remito a los Doctores y Maestros.

Doctrina de la Reina del Cielo.

644. Hija mía, de la luz que en este capítulo has recibido, tienes la regla cierta de gobernarte en las visiones y revelaciones del Señor, que consiste en dos partes. La una en sujetarlas con humilde y sencillo corazón al juicio y censura de tus Padres y Prelados, pidiendo con viva fe les dé luz el Altísimo para que entiendan su voluntad y verdad Divina y te la enseñen en todo. La otra regla ha de estar en tu mismo interior; y ésta es atender a los efectos que hacen las visiones y revelaciones, para discernirlas con prudencia y sin engaño, porque la virtud Divina, que obra con ellas, te inducirá, moverá, inflamará en amor casto y reverencia del Altísimo, al conocimiento de tu bajeza, a aborrecer la vanidad terrena, a desear el desprecio de las criaturas, a padecer con alegría, a amar la cruz y llevarla con esforzado y dilatado corazón, a desear el último lugar, a amar a quien te persiguere, a temer el pecado y aborrecerle, aunque sea muy leve, a aspirar a lo más puro, perfecto y acendrado de la virtud, a negar tus inclinaciones, a unirte con el sumo y verdadero bien. Estas serán infalibles señales de la verdad con que te visita el Altísimo por medio de sus revelaciones, enseñándote lo más santo y perfecto de la ley cristiana y de su imitación y mía.

645. Y para que tú, carísima, pongas por obra esta doctrina que la dignación del Altísimo te enseña, nunca

la olvides, ni pierdas de vista los beneficios de habértela enseñado con tanto amor y caricia; renuncia toda atención y consolación humana, los deleites y gustos que el mundo ofrece; y a todo lo que piden las inclinaciones terrenas te niegas con fuerte resolución, aunque sea en cosas lícitas y pequeñas; y volviendo las espaldas a todo lo sensible, sólo quiero que ames el padecer. Esta ciencia y filosofía Divina te han enseñado, te enseñan y te enseñarán las visitas del Altísimo, y con ellas sentirás la fuerza del Divino fuego, que nunca se ha de extinguir en tu pecho por culpa tuya ni por tibieza. Está advertida, dilata el corazón y cíñete de fortaleza para recibir y obrar cosas grandes, y ten constancia en la fe de estas amonestaciones, creyéndolas, apreciándolas y escribiéndolas en tu corazón con humilde afecto y estimación de lo íntimo de tu alma, como enviadas por la fidelidad de tu Esposo y administradas por mí, que soy tu Maestra y Señora.

CAPITULO 15

Declárase otro modo de vista y comunicación que tenía María Santísima con los Santos Ángeles que la asistían.

646. Tanta es la fuerza y eficacia de la divina gracia, y del amor que causa en la criatura, que puede borrar en ella la imagen del pecado y del hombre terreno y formar otro nuevo ser y celestial imagen (1 Cor., 15, 48-49), cuya conversación sea en los cielos (Flp., 3, 20), entendiéndolo, amando y obrando, no como criatura terrena, pero como celestial y divina; porque la fuerza del amor roba el corazón y el alma de donde anima y le pone y transforma en lo que ama. Esta verdad cristiana, creída de todos, entendida de los doctores y experimentada de los Santos, se ha de considerar en nuestra gran Reina y Señora ejecutada con privilegios tan singulares, que ni con

ejemplo de otros Santos, ni con entendimiento de Ángeles, se puede comprender ni explicar. Era María Santísima, por Madre del Verbo, Señora de todo lo criado; pero siendo imagen viva de su Hijo Unigénito, a su imitación usó tan poco de las criaturas visibles, de quien era Señora, que ninguna menos parte tuvo en ellas, fuera de lo que fue preciso y necesario para el servicio del Altísimo y vida natural de su Hijo Santísimo y suya.

647. A este olvido y alejamiento de todo lo terreno había de corresponder la conversación en lo celestial; y ésta se había de proporcionar con la dignidad de Madre del mismo Dios y Señora de los cielos, en cuya comunicación debidamente estaba conmutada la conversación terrena. Por esto era como necesario y consiguiente que la Reina y Señora de los Ángeles fuera singular y privilegiada en el obsequio de los mismos cortesanos, vasallos suyos, y los tratase y comunicase con diferente modo que todas las criaturas humanas, por más santas que fuesen. En el capítulo 23 del primer libro dije algo de las apariciones ordinarias y diversas con que se le manifestaban a nuestra Reina y Señora los Santos Ángeles y Serafines destinados y señalados para guarda suya; y en el capítulo precedente quedan declarados generalmente los modos y formas de visiones Divinas que Su Alteza tenía, advirtiéndole que siempre en aquella esfera y especie de visiones eran las suyas mucho más excelentes y divinas en la sustancia y en el modo y efectos que causaban en su alma santísima.

648. Para este capítulo remití otro modo más singular y privilegiado que concedió el Altísimo a su Madre Santísima, para que viese y comunicase a los Santos Ángeles de su guarda y a los demás que de parte del mismo Señor en diversas ocasiones la visitaban. Este modo de visión y comunicación era el mismo que los órdenes y jerarquías angélicas tienen entre sí mismos,

donde cada uno de los espíritus soberanos conocen a los demás por sí mismos, sin otra especie que mueva su entendimiento más que la misma sustancia y naturaleza del ángel que es conocido. Y a más de esto, los ángeles superiores iluminan a los inferiores, informándolos de los misterios ocultos que a los superiores inmediatamente revela y manifiesta el Altísimo, para que se vayan derivando y remitiendo de lo supremo a lo ínfimo; porque este orden conviene a la grandeza y majestad infinita del supremo Rey y Gobernador de todo lo criado. De donde se entenderá cómo esta iluminación o revelación tan ordenada es fuera de la gloria esencial de los Santos Ángeles; porque ésta la reciben todos inmediatamente de la Divinidad, cuya visión y fruición se comunica a cada uno a la medida de sus merecimientos; y un Ángel no puede hacer a otro esencialmente bienaventurado, iluminándole o revelándole algún misterio, porque el iluminado no vería a Dios cara a cara, y sin esto no puede ser bienaventurado ni conseguir su último fin.

649. Pero como el objeto es infinito y espejo voluntario —fuera de lo que pertenece a la ciencia beatífica de los Santos— tiene infinitos secretos y misterios que les puede revelar y revela especialmente para el gobierno de su Iglesia y del mundo; y en estas iluminaciones se guarda el orden que digo. Y como estas revelaciones son fuera de la gloria esencial, por eso el carecer de su noticia no se llama ignorancia en los ángeles ni privación de ciencia, pero llámase nesciencia o negación, y la revelación se llama iluminación, purgación o purificación de esta nesciencia; y sucede, a nuestro modo de entender, como si los rayos del sol penetrasen muchos cristales puestos en orden, que todos participarían de una misma luz comunicada de los primeros a los últimos, tocando primero a los más inmediatos. Sola una diferencia se halla en este ejemplo; que las vidrieras o cristales, respecto de los rayos, se han

pasivamente sin más actividad que la del sol, que a todas las ilumina con una acción, pero los Santos Ángeles son pacientes en recibir la iluminación de los superiores y agentes en comunicarla a los inferiores; y comunican estas iluminaciones con alabanza, admiración y amor, derivándose todo del supremo Sol de Justicia, Dios eterno e inmutable.

650. En este orden admirable de revelaciones Divinas introdujo el Altísimo a su Madre Santísima, para que gozase los privilegios que tienen como propios los cortesanos del cielo; y para esto destinó los serafines que dije en el capítulo 14 del primer libro, que fueron de los más supremos e inmediatos a la divinidad; y también hacían este oficio otros Ángeles de su guarda, según la voluntad Divina disponía, cuando y como era necesario y conveniente. A todos estos ángeles y a otros los conocía su Reina y nuestra por sí mismos, sin dependencia de los sentidos y fantasía y sin impedimento del cuerpo mortal y terreno; y mediante esta vista y conocimiento la iluminaban y purificaban los Serafines y Ángeles del Señor, revelando a su Reina muchos misterios que para esto recibían del Altísimo. Y aunque este modo de vista intelectual e iluminaciones no era continuo en María Santísima, pero fue muy frecuente, en especial cuando para ocasionarle mayores merecimientos y diversos afectos de amor se le encubría o ausentaba el Señor, como diré adelante (Cf. infra n. 278-279; p. II n. 719-720). Entonces usaban más de este oficio los Ángeles, continuando el orden de iluminarse a sí mismos hasta llegar a la Reina, donde se terminaba.

651. Y no derogaba este modo de iluminación a la dignidad de Madre de Dios y Señora de los Ángeles; porque en este beneficio, y en el modo de participarle, no se atiende a la dignidad y santidad de nuestra soberana Princesa, en que era superior a todos los órdenes

angélicos, sino al estado y condición de su naturaleza, en que era inferior, porque era viadora y de naturaleza humana, corpórea y mortal; y viviendo en carne pasible y con necesidad natural del uso de los sentidos, levantarla al estado y operaciones angélicas fue gran privilegio, aunque digno de su santidad y dignidad. Yo creo ha extendido este favor la mano poderosa del Altísimo a otras almas en esta vida mortal, aunque no tan frecuente como a su Madre Santísima, ni con tanta plenitud de luz y otras condiciones tan excelentes como en la Reina. Y si muchos doctores, no sin gran fundamento, conceden la visión beatífica a San Pablo, Santo Profeta y Legislador Moisés y a otros Santos, mucho más creíble será haber tenido algunos viadores este conocimiento de las naturalezas angélicas, pues no es otra cosa este beneficio, que ver intuitivamente la sustancia del ángel; y así conviene esta visión en esta claridad con la primera que dije en el capítulo pasado, y en ser intelectual conviene con la tercera arriba declarada, aunque no se hace por especies impresas.

652. Verdad es que este beneficio no es ordinario ni común, pero muy raro y extraordinario; y así pide en el alma gran disposición de pureza y limpieza de conciencia. No se compadece con afectos terrenos, ni imperfecciones voluntarias, ni afectos del pecado; porque para entrar el alma en el orden de los ángeles ha menester vida más angélica que humana; pues si faltase esta similitud y simpatía, parecería monstruosidad y desproporción de los extremos de esta unión. Pero con la divina gracia puede la criatura, aunque de cuerpo terreno y corruptible, negarse toda a sus pasiones e inclinaciones depravadas y morir a lo visible y borrar sus especies y memoria y vivir en espíritu más que en la carne. Y cuando llegare a gozar de verdadera paz, tranquilidad y sosiego del espíritu, que le causen una serenidad dulce, amorosa y suave con el sumo

bien, entonces estará menos indispuesta para ser levantada a la visión de los espíritus angélicos con claridad intuitiva y recibir de ellos las divinas revelaciones que entre sí se comunican, y los efectos admirables que de la visión resultan.

653. Los que recibía nuestra Soberana Reina, si correspondían a su pureza y amor, no pueden caer debajo de humana ponderación. Era incomparable la luz Divina que recibía de la vista de los Serafines; porque en cierto modo reverberaba en ellos la imagen de la Divinidad, como en unos espirituales y purísimos espejos, donde María Santísima la conocía con sus atributos y perfecciones infinitas. Manifestábasele también en algunos efectos por admirable modo la gloria que los mismos Serafines gozaban —porque de esto se conoce mucho viendo claramente la sustancia del ángel— y con la vista de tales objetos era toda encendida e inflamada en la llama del Divino amor y arrebatada muchas veces en milagrosos éxtasis. Allí con los mismos Serafines y Ángeles prorrumpía en cánticos de incomparable gloria y alabanza de la Divinidad, con admiración de los mismos espíritus celestiales; porque si bien por ellos era iluminada en su entendimiento, pero en la voluntad los dejaba muy inferiores, y con mayor eficacia del amor velozmente subía y llegaba a unirse con el último y sumo bien, de donde inmediatamente recibía nuevas influencias del torrente (Sal., 35, 9) de la divinidad con que era alimentada. Y si los mismos Serafines no tuvieran presente el objeto infinito que era el principio y término de su amor beatífico, pudieran ser discípulos de María Santísima su Reina en el amor Divino, así como ella lo era suya en las ilustraciones del entendimiento que recibía.

654. Después de esta forma de visión inmediata de las naturalezas espirituales y angélicas, es más inferior, y común a otras almas, la visión intelectual por especies

infusas, al modo de la visión abstractiva de la divinidad, que dejo dicha. Este modo de visión angélica tuvo la Reina del Cielo algunas veces, pero no era tan ordinario como el pasado: porque si bien para otras almas justas este beneficio de conocer a los Ángeles y Santos por especies intelectuales infusas es muy raro y estimable, pero en la Reina de los ángeles no era necesario, porque los comunicaba y conocía más altamente, salvo cuando el Señor disponía que se escondiesen y faltase aquella vista inmediata para mayor mérito y ejercicio; que entonces los miraba con especies intelectuales o imaginarias, como dije en el capítulo pasado. En otras almas hacen divinos efectos estas visiones angélicas por especies; porque se conocen aquellas supremas sustancias, como efectos y embajadores del supremo Rey, y con ellos tiene el alma dulcísimos coloquios del mismo Señor y de todo lo celestial y terreno, y en todo es ilustrada, enseñada, corregida y gobernada, encaminada y compelida para levantarse a la unión perfecta del amor Divino y obrar lo más puro, perfecto y santo, lo más acendrado de lo espiritual.

Doctrina de la Reina del Cielo María Santísima.

655. Hija mía, admirable es el amor, fidelidad y cuidado de los espíritus angélicos en asistir a las necesidades de los mortales; y muy aborrecible es el olvido, ingratitud y grosería de parte de los mismos hombres en reconocer esta deuda. En el secreto del pecho del Altísimo, cuyo rostro miran (Mt., 18, 10) con claridad beatífica, conocen estos espíritus celestiales el infinito y paternal amor del Padre que está en los cielos para los hombres terrenos, y allí dan el aprecio y estimación digna a la sangre del Cordero con que fueron comprados (1 Cor., 6, 20) y rescatados, y lo que valen las almas compradas con el tesoro de la Divinidad. Y de aquí nace en los Santos Ángeles el desvelo y atención que

ponen en guardar y beneficiar las almas, que por estimarlas tanto el Altísimo se las encomendó a su custodia. Y quiero que tú entiendas cómo por este altísimo ministerio de los Ángeles recibieran los mortales grandes influencias de luz y favores incomparables del Señor, si no los impidieran con el óbice de sus pecados y abominaciones y con el olvido de tan estimable beneficio; y porque cierran el camino que Dios con inefable Providencia había elegido para encaminarlos a la felicidad eterna, son muchos más los que se condenan, y con la protección de los Ángeles se salvaran, no malogrando este beneficio y remedio.

656. Oh hija mía carísima, pues tan dormidos están muchos de los hombres en atender a las obras paternas de mi Hijo y Señor, de ti quiero en esto singular agradecimiento, pues con tan liberal mano te ha favorecido, señalándote los Ángeles que te guarden. Atiende a su compañía y oye sus documentos con reverencia; déjate encaminar de su luz, respétalos como embajadores del Altísimo y pídeles su favor para que, purificada de tus culpas y libre de imperfecciones, inflamada en el Divino amor, te puedas reducir a un estado tan espiritualizado, que estés idónea para tratar con ellos y ser compañera suya, participando sus divinas ilustraciones, que no las negará el Altísimo, si te dispones de tu parte como yo quiero.

657. Y porque has deseado saber, con aprobación de la obediencia, la razón por que los Santos Ángeles se me comunicaban con tantos modos de visiones, respondo a tu deseo declarándote más lo que con la Divina luz has entendido y escrito. La causa de esto fue por parte del Altísimo su liberal amor para conmigo en favorecerme, y por la mía el estado de viadora que tenía en el mundo; porque éste no podía ni convenía que fuese uniforme en las acciones de las virtudes, por cuyo medio disponía la

Divina sabiduría levantarme sobre todo lo criado; y habiendo de proceder como viadora humana y sensible en variedad de sucesos y obras virtuosas, unas veces obraba como espiritualizada y sin embarazo de los sentidos, y me trataban los Ángeles como a ellos mismos entre sí y como obran ellos obraban conmigo; otras era necesario padecer y ser afligida en la parte inferior del alma, otras en lo sensible y en el cuerpo, otras padecía necesidades, soledad y desamparos interiores y, según la vicisitud de estos efectos y estados, recibía los favores y visitas de los Santos Ángeles; que muchas veces hablaba con ellos por inteligencia, otras por visión imaginaria, otras por corporal y sensible, según el estado y necesidad lo pedía, y como lo disponía el Altísimo.

658. Por todos estos modos fueron mis potencias y sentidos ilustrados y santificados con obras de Divinas influencias y favores, para que todas las obras de este género las conociese por experiencia y por todas recibiese los influjos de la gracia sobrenatural. Pero en estos favores quiero, hija mía, quedes advertida que, si bien el Altísimo fue conmigo tan magnífico y misericordioso, tuvo su equidad tal orden, que no sólo por la dignidad de Madre me favoreció tanto con ellos, mas también atendió a mis obras y disposición con que yo concurrí de mi parte, asistiéndome su Divina gracia. Y porque yo alejé mis potencias y sentidos de todo el comercio de las criaturas y, negando todo lo sensible y criado, me convertí al sumo bien, entregándome toda con mis fuerzas y voluntad a solo su amor santo; por esta disposición, que en mi alma puse, santificó todas mis potencias con retribución de tantos beneficios, visiones, ilustraciones de las mismas potencias, que por su amor se habían privado de todo lo deleitable, humano y terreno. Y fue tanto lo que en premio de mis obras recibí en carne mortal, que no lo puedes entender ni escribir, mientras en ella vives; tanta es la liberalidad y bondad del Muy Alto,

que de contado da este pago por prenda del que tiene reservado en la vida eterna.

659. Y no obstante que por estos medios me dispuso el brazo poderoso, para que desde mi concepción se previniese dignamente la Encarnación del Verbo en mis entrañas y para que mis potencias y sentidos quedasen santificados y proporcionados con el trato y comunicación que había de tener con el Verbo Encarnado, pero si las demás almas se dispusiesen a mi imitación, viviendo, no según la carne, mas con vida espiritual, limpia y alejada del contagio de lo terreno, el Altísimo es tan fiel con quien así le obliga, que no le negara sus beneficios y favores con la equidad de su Divina Providencia.

CAPITULO 16

Continúase la infancia de María Santísima en el Templo; previénela el Señor para trabajos, y muere su padre San Joaquín.

660. Dejamos a nuestra soberana princesa María Santísima, mediando los años de su infancia en el Templo, y divirtiéndolo el discurso para dar alguna noticia de las virtudes, dones y revelaciones Divinas que, niña en los años pero adulta en suma sabiduría, recibía de la mano del Altísimo y ejercitaba con sus potencias. Crecía la santísima niña en edad y gracia acerca de Dios y de los hombres; pero con tal correspondencia, que siempre la devoción era sobre la naturaleza y nunca la gracia se midió con la edad, pero con el Divino beneplácito y con los altos fines adonde la destinaba el impetuoso corriente de la Divinidad, que se iba a represar y sosegar en esta Ciudad de Dios. Continuaba el Altísimo sus dones y favores renovando cada hora las maravillas de su brazo poderoso, como si para sola María Santísima estuviera reservado. Y correspondía Su Alteza en aquella tierna

edad llenando el corazón del mismo Señor de perfecto y adecuado beneplácito, y a los Santos Ángeles del cielo de grande admiración. Era manifiesta a los espíritus celestiales entre el Altísimo y la Princesa niña una como porfía y competencia admirable; porque el poder Divino, para enriquecerla, sacaba cada día de sus tesoros nuevos y antiguos beneficios (Mt., 13, 52) reservados para sola María Purísima; y como era tierra bendita, no sólo no se malograba en ella la semilla de la palabra eterna y sus dones y favores, ni sólo daba ciento por uno (Lc. 8, 8) como el mayor de los Santos, pero con admiración del cielo una tierna niña sobreexcedía en amor, agradecimiento, alabanza y todas las virtudes posibles a los más supremos y ardientes Serafines, sin perder tiempo, lugar, ocasión, ni ministerio en que no obrase lo sumo, entonces posible, de la perfección.

661. En los tiernos años de su infancia, que ya era manifiesta su capacidad para leer las Escrituras, leía muy de ordinario en ellas; y como estaba llena de sabiduría, confería en su corazón lo que por las Divinas revelaciones sabía con lo que en las Escrituras estaba revelado para todos; y en esta lección y conferencias ocultas hacía peticiones y oraciones continuas y fervorosas por la redención del linaje humano y Encarnación del Verbo divino. Leía más de ordinario las Profecías de Isaías y Jeremías y los Salmos, por estar más expresos y repetidos en estos Profetas los Misterios del Mesías y de la Ley de Gracia; y sobre lo que de ellos entendía y comprendía, preguntaba y proponía cuestiones a los Santos Ángeles altísimas y admirables; y muchas veces del Misterio de la Humanidad Santísima del Verbo hablaba con incomparable ternura, y de que había de ser niño, nacer, criarse como los demás hombres y que había de nacer de madre virgen, crecer, padecer y morir por todos los hijos de Adán.

662. A estas conferencias y preguntas le respondían sus Ángeles y Serafines, ilustrándola de nuevo, confirmándola, y caldeando su ardiente y virginal corazón en nuevas llamas de Divino amor; pero ocultándole siempre su dignidad altísima, aunque ella se ofrecía con humildad profundísima muchas veces por esclava del Señor y de la feliz Madre que había de elegir para nacer en el mundo. Otras veces, preguntando a los Ángeles Santos, decía con admiración: Príncipes y señores míos ¿es posible que el mismo Criador ha de nacer de una criatura y la ha de tener por Madre? ¿Que el Omnipotente e Infinito, el que fabricó los cielos y no cabe en ellos, ha de encerrarse en el vientre de una mujer y se ha de vestir de una breve naturaleza terrena? El que viste de hermosura los elementos, los cielos y a los mismos Ángeles ¿se ha de hacer pasible? ¿Y que ha de haber mujer de nuestra misma naturaleza humana, que sea tan dichosa que pueda llamar Hijo al mismo que de nada la hizo, y que ella se ha de oír llamar Madre del que es increado y criador de todo el universo? ¡Oh milagro inaudito! Si el mismo Autor no le manifestara, ¿cómo podía la capacidad terrena hacer concepto tan magnífico? ¡Oh maravilla de sus maravillas! ¡Oh felices y bienaventurados los ojos que le vieren y los siglos que le merecieren! A estos afectos y exclamaciones amorosas le respondían los Santos Ángeles, declarándole los sacramentos divinos, fuera de lo que a ella le tocaba y pertenecía.

663. Cualquiera de los altos, humildes y encendidos afectos de la niña María eran aquel cabello de la Esposa que hería el corazón de Dios (Cant., 4, 9) con tan dulce flecha de amor, que, si no fuera conveniente aguardar la edad competente y oportuna para concebir y parir al Verbo humanado, no pudiera —a nuestro modo de entender— contenerse el agrado del Altísimo, sin tomar luego nuestra humanidad en sus entrañas; pero no lo

hizo, aunque desde su niñez en la gracia y merecimientos estaba ya capaz, porque se disimulara mejor y ocultara el sacramento de la Encarnación, y la honra de su Madre Santísima estuviera también más oculta y más segura, correspondiendo su virginal parto a la edad natural de otras mujeres; y esta dilación entretenía el Señor con los afectos y cánticos agradables que —a nuestro entender— escuchaba atento en su Hija y Esposa, que luego había de ser Madre digna del Eterno Verbo. Y fueron tantos y tan altos los cánticos y salmos que hizo nuestra Reina y Señora que —según la luz que de esto se me ha dado— si quedaran escritos, tuviera la Santa Iglesia muchos más que de todos los Profetas y Santos, porque María Purísima dijo y comprendió todo lo que ellos escribieron; y sobre eso entendió y dijo mucho más que ellos no alcanzaron. Pero ordenó el Altísimo que su Iglesia Militante tuviese en las Escrituras de los Apóstoles y Profetas todo lo necesario con superabundancia; y lo que reveló a su Madre Santísima, reservó escrito en su mente Divina, para que en la Iglesia Triunfante se manifieste lo que fuere conveniente a la gloria accidental de los Bienaventurados.

664. A más de esto, la Divina dignación condescendió con la voluntad santísima de María Señora nuestra que, para engrandecer su prudentísima humildad y dejar a los mortales este raro ejemplar en tan excelentes virtudes, siempre quiso ocultar el sacramento del Rey (Tob., 12, 7); y cuando fue necesario revelarle en algo para el obsequio de Su Majestad y beneficio de la Iglesia, procedió María Purísima con tan Divina prudencia, que siendo Maestra no dejó de ser siempre humildísima discípula. En su niñez consultaba a los Ángeles Santos y seguía su consejo; después que nació el Verbo Humanado tuvo a su Unigénito por Maestro y Ejemplar en todas sus acciones; y al fin de sus misterios y subida a los cielos obedecía la gran Reina de todo el universo a los

Apóstoles, como en el discurso de esta Historia diremos. Y esta fue una de las razones por que San Juan Evangelista, los misterios que escribió de esta Señora en el Apocalipsis, los encubrió con tantos enigmas, que se pudiesen entender de toda la Iglesia Militante o Triunfante.

665. Determinó el Altísimo que la plenitud de gracias y virtudes de la princesa María anticipasen el colmo de merecimientos, extendiéndose a las obras arduas y magnánimas en el modo posible a sus tiernos años. Y en una de las visiones que se le manifestó Su Majestad, la dijo: Esposa y paloma mía, yo te amo con amor infinito, y de ti quiero lo más agradable a mis ojos y la satisfacción entera de mi deseo. No ignoras, hija mía, el tesoro oculto que encierran los trabajos y penalidades que la ciega ignorancia de los mortales aborrece y que mi Unigénito, cuando se vista de la naturaleza humana, enseñará el camino de la Cruz con ejemplo y con doctrina, dejándola por herencia a sus escogidos, como él mismo la elegirá para sí, y establecerá la Ley de Gracia, fundando su firmeza y excelencia en la humildad y paciencia de la cruz y penalidades; porque así lo pide la condición de la misma naturaleza de los hombres y mucho más después que por el pecado quedó depravada y mal inclinada. Y también es conforme a mi equidad y providencia, que los mortales alcancen y granjeen la corona de la gloria por medio de los trabajos y cruz, por donde se la ha de merecer mi Hijo unigénito humanado. Por esta razón entenderás, Esposa mía, que habiéndote elegido con mi diestra para mis delicias y habiéndote enriquecido de mis dones, no será justo que mi gracia esté ociosa en tu corazón, ni tu amor carezca de su fruto, ni te falte la herencia de mis escogidos; y así quiero que te dispongas a padecer tribulaciones y penalidades por mi amor.

666. A esta proposición del Altísimo respondió la invencible María con más constante corazón que todos los Santos y Mártires han tenido en el mundo, y dijo a Su Majestad: Señor Dios mío y Rey Altísimo, todas mis operaciones y potencias y el mismo ser que de vuestra bondad infinita he recibido, tengo dedicado a vuestro Divino beneplácito, para que en todo se cumpla según la elección de vuestra infinita sabiduría y bondad. Y si me dais licencia para que yo haga elección de alguna cosa, sólo quiero hacerla del padecer por vuestro amor hasta la muerte; y suplicaros, bien mío, hagáis de esta esclava vuestra un sacrificio y holocausto de paciencia aceptable en vuestros ojos. Yo confieso, Señor y Dios poderoso y liberalísimo, mi deuda, y que ninguna de las criaturas debe tan grande retribución, ni todas juntas están tan empeñadas como yo sola, la más insuficiente para el descargo que deseo dar a vuestra magnificencia; pero si el padecer por vos admitís por alguna retribución, vengan sobre mí todas las tribulaciones y dolores de la muerte; sólo pido vuestra divina protección y postrada ante el trono real de Vuestra Majestad infinita os suplico no me desamparéis. Acordaos, Señor mío, de las promesas fieles que por nuestros antiguos Padres y Profetas tenéis hechas a vuestros fieles de favorecer al justo, estar con el atribulado, consolar al afligido y hacerle sombra y defenderle en el conflicto de la tribulación; verdaderas son vuestras palabras, infalibles y ciertas vuestras promesas; primero faltará el cielo y la tierra que falten ellas; no podrá la malicia de la criatura extinguir Vuestra Caridad al que esperare en Vuestra Misericordia; hágase en mí vuestra voluntad perfecta y santa.

667. Recibió el Altísimo este sacrificio matutino de la tierna esposa y niña María Santísima, y con agradable semblante la dijo: Hermosa eres en tus pensamientos, hija del Príncipe, paloma mía y dilecta mía; yo admito tus deseos agradables a mis ojos y quiero que en su

cumplimiento entiendas se llega el tiempo en que, por mí Divina disposición, tu padre Joaquín ha de pasar de la vida mortal para la inmortal y eterna; su muerte será muy breve y luego descansará en paz y será puesto con los Santos en el Limbo, aguardando la Redención de todo el linaje humano.—Este aviso del Señor no turbó ni alteró el pecho real de la Princesa del Cielo María; pero como el amor de los hijos a los padres es deuda justa de la misma naturaleza, y en la santísima niña tenía este amor toda su perfección, no se podía excusar el natural dolor de carecer de su santísimo padre Joaquín, a quien santamente amaba como hija. Sintió la tierna y dulce niña María este doloroso movimiento compatible con la serenidad de su magnánimo corazón, y obrando en todo con grandeza, dando el punto a la gracia y a la naturaleza, hizo una ferviente oración por su padre Joaquín. Pidió al Señor le mirase como poderoso y Dios verdadero en el tránsito de su dichosa muerte y le defendiese del demonio, singularmente en aquella hora, y le conservase y constituyese en el número de sus electos, pues en su vida había confesado y engrandecido su Santo y admirable Nombre; y para obligar más a Su Majestad, se ofreció la fidelísima hija a padecer por su padre Santísimo Joaquín todo lo que el Señor ordenase.

668. Aceptó Su Majestad esta petición y consoló a la divina niña, asegurándola que asistiría a su padre como misericordioso y piadoso remunerador de los que le aman y sirven y que le colocaría entre los Patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob; y la previno de nuevo para recibir y padecer otros trabajos. Ocho días antes de la muerte del Santo Patriarca Joaquín tuvo María Santísima otro nuevo aviso del Señor, declarándole el día y hora en que había de morir, como en efecto sucedió, habiendo pasado sólo seis meses después que nuestra Reina entró a vivir en el Templo. Después que Su Alteza tuvo estos avisos del Señor, pidió a los doce Ángeles —que arriba he dicho (Cf.

supra n. 202, 273, 371) eran los que nombra San Juan en el Apocalipsis (Sal., 127, 5)— asistiesen a su padre Joaquín en su enfermedad y le confortasen y consolasen en ella; y así lo hicieron. Y para la última hora de su tránsito envió a todos los de su guarda y pidió al Señor se los manifestase a su padre para mayor consuelo suyo. Concediólo el Altísimo, y en todo confirmó el deseo de su electa, única y perfecta; y el Gran Patriarca y dichoso Joaquín vio a los mil Ángeles Santos que guardaban a su hija María, a cuyas peticiones y votos sobreabundó la gracia del Todopoderoso; y por su mandado dijeron los Ángeles a San Joaquín estas razones:

669. Varón de Dios, sea el Altísimo y poderoso tu salud eterna y envíete de su lugar santo el auxilio necesario y oportuno para tu alma. María, tu hija, nos envía para asistir contigo en esta hora que has de pagar a tu Criador la deuda de la muerte natural. Ella es fidelísima y poderosa intercesora tuya con el Altísimo, en cuyo nombre y paz parte de este mundo consolado y alegre, porque te hizo padre de tan bendita hija. Y aunque Su Majestad incomprendible, por sus ocultos juicios, no te ha manifestado hasta ahora el sacramento y dignidad en que ha de constituir a tu hija, quiere que lo conozcas ahora, para que le magnifiques y alabes y juntes el júbilo de tu espíritu con tal nueva al dolor y tristeza natural de la muerte. María, tu hija y nuestra Reina, es la escogida por el brazo del Omnipotente para que en sus entrañas se vista de carne y forma humana el Verbo Divino. Ella ha de ser la feliz Madre del Mesías y la bendita entre las mujeres, la superior a todas las criaturas y sólo al mismo Dios inferior. Tu hija dichosísima ha de ser la Reparadora de lo que perdió el linaje humano por la primera culpa y el monte alto donde se ha de formar y establecer la nueva ley de gracia; y si dejas ya en el mundo su Restauradora y una hija por quien le prepara Dios el remedio oportuno, parte de él con júbilo de tu alma, y

bendígate el Señor desde Sión (Sal.,127, 5) y te constituya entre la parte de los Santos, para que llegues a la vista y gozo de la feliz Jerusalén.

670. Cuando los Ángeles Santos hablaron a San Joaquín estas palabras, estaba su esposa Santa Ana presente, asistiendo a la cabecera de su lecho, y las oyó y entendió por Divina disposición; y al mismo punto el Santo Patriarca Joaquín perdió el habla y, entrando en la vereda común de toda carne, comenzó a agonizar con una lucha maravillosa entre el júbilo de tan alegre nueva y el dolor de su muerte. En este conflicto con las potencias interiores hizo muchos y fervorosos actos de amor divino, de fe, de admiración, de alabanza, de agradecimiento y humillación, y otras virtudes ejercitó heroicamente; y así absorto en el nuevo conocimiento de tan Divino Misterio, llegó al término de la vida natural con la preciosa muerte de los santos (Sal., 115, 15). Su Alma Santísima fue llevada por los Ángeles al Limbo de los Santos Padres y justos; y para nuevo consuelo y luz de la prolija noche con que vivían, ordenó el Altísimo que el alma del Santo Patriarca Joaquín fuese el nuevo paraninfo y legado de su gran Majestad, que diese parte a toda aquella congregación de justos cómo amanecía ya el día de la eterna luz y era nacida el alba María Purísima, hija de Joaquín y de Ana, de quien nacería el Sol de la Divinidad, Cristo Reparador de todo el linaje humano. Estas nuevas oyeron los Santos Padres y Justos del Limbo, y con el júbilo que recibieron, hicieron nuevos cánticos de alabanza al Altísimo.

671. Sucedió esta feliz muerte del patriarca San Joaquín medio año —como dije arriba (Cf. supra n. 668)— después que su hija María Santísima entró en el Templo, que eran tres y medio de su tierna edad, cuando quedó sin padre natural en la tierra; y de la edad del Patriarca eran sesenta y nueve años, partidos y divididos en esta

forma: de cuarenta y seis años recibió a Santa Ana por esposa, a los veinte años del matrimonio tuvieron a María Santísima, y tres y medio que Su Alteza tenía, hacen los sesenta y nueve y medio, día más o menos.

672. Difunto el Santo Patriarca y padre de nuestra Reina, volvieron luego a su presencia los Santos Ángeles de su custodia, que la dieron noticia de todo lo sucedido en el tránsito de su padre; y luego la prudentísima niña solicitó con oraciones el consuelo de su madre Santa Ana, pidiendo al Señor la gobernase y asistiese como padre en la soledad que la dejaba la falta de su esposo Joaquín. Envióle también la misma Santa Ana el aviso de la muerte, y diéronsele primero a la maestra de nuestra divina Princesa, para que dándole noticia de ello la consolase. Hízolo así la maestra, y la niña sapientísima la oyó con disimulación y agrado, pero con paciencia y modestia de Reina, y que no ignoraba el suceso que la refería su maestra por nuevo. Pero como en todo era perfectísima, se fue luego al Templo repitiendo el sacrificio de alabanza, humildad, paciencia y otras virtudes y oraciones, procediendo siempre con pasos tan acelerados como hermosos (Cant.,7, 1) en los ojos del Muy Alto. Y para el colmo de estas acciones, como de las demás, pedía a los Santos Ángeles concurriesen con ella y la ayudasen a bendecirle y alabarle.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

673. Hija mía, repite muchas veces en tu secreto el aprecio que debes hacer del beneficio de los trabajos, que la oculta providencia dispensa con justificación a los mortales. Estos son los juicios justificados en sí mismos, y más estimables que las preciosas piedras y el oro, y más dulces que el panal de miel (Sal., 18, 10-11), para quien tiene concertado el gusto de la razón. Quiero, alma, que adviertas que padecer y ser trabajada la criatura sin

culpa, o no, por ellas, es beneficio de que no puede ser digna sin grande misericordia del Altísimo; y el dar a padecer por sus culpas, aunque es misericordia, tiene mucho de justicia. Conforme a esto advierte ahora la común insania de los hijos de Adán, que todos quieren y apetecen regalos, beneficios y favores de su gusto sensibles, y se desvelan y trabajan por arrojar de sí lo penoso y prevenir que no les toque el dolor de los trabajos; y siendo así que su mayor dicha fuera buscarlos con diligencia sin merecerlos, la ponen toda en desviar lo que merecen, y sin lo que no pueden ser dichosos ni bienaventurados.

674. Si el oro huye de la hornaza, el hierro de la lima, el grano del molino y del trillo, las uvas de la prensa, todos serán inútiles y no se conseguirá el fin para que fueron criados. Pues ¿cómo se dejan engañar los mortales, suponiendo que estando llenos de feos vicios y abominaciones de culpas, sin la hornaza y sin la lima de los trabajos, han de salir puros y dignos de gozar de Dios eternamente? Si cuando fueran inocentes no eran aptos ni beneméritos de conseguir el bien infinito y eterno por premio y por corona ¿cómo lo serán estando en tinieblas y en desgracia del mismo Dios? Y sobre todo esto los hijos de la perdición emplean todo su desvelo en conservarse indignos y enemigos de Dios y en arrojar de sí la cruz de los trabajos, que son el camino para volver al mismo Dios, la luz del entendimiento, desengaño de lo aparente, alimento de los justos, medio único de la gracia, precio de la gloria y sobre todo herencia legítima de mi Hijo y mi Señor que eligió para sí y para sus electos, naciendo y viviendo siempre en trabajos y muriendo en Cruz.

675. Por aquí, hija mía, has de medir el precio del padecer, que los mundanos no alcanzan; porque son indignos de esta ciencia Divina, y como la ignoran la desprecian. Alégrate y consuélate en las tribulaciones, y

cuando el Altísimo se dignare de enviarte alguna, procura tú salirle al encuentro, para recibirla como bendición suya y prenda de su amor y gloria. Dilata tu corazón con la magnanimidad y constancia, para que en la ocasión del padecer seas igual y la misma que eres en lo próspero y en los propósitos; y no cumplas con tristeza lo que prometes con alegría (2 Cor., 9, 7); porque el Señor ama a quien es el mismo en dar y en ofrecer. Sacrifica, pues, tu corazón y potencias en holocausto de paciencia y cantarás con cánticos nuevos de alegría y alabanza las justificaciones del Altísimo, cuando en el lugar de tu peregrinación te señalare y tratare como suya con la señal de su amistad, que son los trabajos y cruz de las tribulaciones.

676. Advierte, carísima, que mi Hijo Santísimo y yo deseamos tener entre las criaturas alguna alma de las que han llegado al camino de la cruz, a quien pudiésemos enseñar ordenadamente esta Divina ciencia, y desviarla de la sabiduría mundana y diabólica, en que los hijos de Adán con ciega porfía se quieren adelantar y arrojar de sí la saludable disciplina de los trabajos. Si quieres ser nuestra discípula entra en esta escuela, donde sólo se enseña la doctrina de la Cruz, y busca en ella el descanso y las delicias verdaderas. Con esta sabiduría no se compadece el amor terreno de los deleites sensibles y riquezas; no la vana ostentación y pompa que fascina los flacos ojos de los mundanos, codiciosos de la honra vana, de lo precioso y grande que lleva tras de sí la admiración de los ignorantes. Tú, hija mía, ama y elige para ti la mejor parte y ser de las ocultas y olvidadas del mundo. Madre era yo del mismo Dios Humanado y Señora por esta parte de todo lo criado con mi Hijo Santísimo, pero fui poco conocida, y Su Majestad muy despreciado de los hombres; y si no fuera esta doctrina la más estimable y segura, no la enseñáramos con ejemplo y con palabras: *ésta es la luz que luce en las*

tinieblas (Jn., 1, 5), amada de los escogidos y aborrecida de los réprobos.

CAPITULO 17

Comienza a padecer en su niñez la Princesa del Cielo María Santísima; auséntasele Dios; sus querellas dulces y amorosas.

677. El Altísimo, que con infinita sabiduría dispensa el gobierno de los suyos en peso y medida (Sab., 11, 21), determinó ejercitar a nuestra divina Princesa con algunos trabajos proporcionados a su edad y estado de la niñez, aunque siempre grande en la gracia, que por este medio le quería acrecentar con mayor gloria. Muy llena estaba de sabiduría y gracia nuestra niña María; pero con todo eso convenía que fuese estudiante de experiencia y en ella se adelantase y aprendiese la ciencia del padecer trabajos, que con el uso llega a su última perfección y valor. En el breve curso de sus tiernos años había gozado de las delicias del Altísimo y sus regalos de los Santos Ángeles, también de sus padres, y en el Templo de los de su maestra y sacerdotes, porque en los ojos de todos era graciosa y amable; convenía ya que del bien que poseía comenzase a tener otra nueva ciencia y conocimiento que se adquiere con la ausencia y privación de él, y nuevo uso que ocasiona de las virtudes, confirmando el estado de los regalos y caricias con el de la soledad, sequedad y tribulaciones.

678. El primero de los trabajos que padeció nuestra Princesa fue suspender el Señor las continuas visiones que la comunicaba; y fue tanto mayor este dolor, cuanto él era nuevo y desacostumbrado, y más alto y precioso el tesoro que perdía de vista. Ocultáronsele también los Santos Ángeles, y con el retiro de tantos, tan excelentes y divinos objetos que a un mismo tiempo se escondieron de

su vista, aunque no se alejaron de su compañía y protección, quedó aquella alma purísima a su parecer como desierta y sola en la noche oscura de la ausencia de su Amado que la vestía de luz.

679. Hízole novedad este suceso a nuestra Niña Reina; porque el Señor, aunque la había prevenido por mayor para recibir trabajos, no la había determinado cuáles serían. Y como el cándido corazón de la sencillísima paloma nada podía pensar ni obrar que no fuese fruto de su humildad y amor incomparable, resolvíase toda en estas dos virtudes: con la humildad atribuía a su ingratitud no haber merecido la presencia y posesión del bien perdido, y con el encendido amor le solicitaba y buscaba con tales y tan amorosos afectos y dolor, que no hay palabras para encarecerlo. Convertíase toda al Señor en aquel nuevo estado que sentía, y díjole:

680. Dios Altísimo y Señor de todo lo criado, en bondad infinito y rico en misericordias, confieso, Dueño mío, que tan vil criatura no pudo merecer vuestras favores, y mi alma con íntimo dolor se recela de su propia ingratitud y vuestro desagrado. Si ella se ha interpuesto para eclipsarme el sol que me animaba, vivificaba y alumbraba y he sido remisa en el retorno de tantos beneficios, conozca yo, Señor y Pastor mío, la culpa de mi grosero descuido. Si como ignorante y simple ovejuela no supe ser agradecida y obrar lo más acepto a vuestros ojos, postrada estoy en tierra y unida con el polvo, para que vos, mi Dios, que habitáis en las alturas, me levantéis por pobre y destituida (Sal., 112, 5-7). Vuestras manos poderosas me formaron (Job 10, 8) y no podéis ignorar nuestro figmento (Sal., 102, 14) y en qué vaso depositáis vuestros tesoros. Mi alma desfallece en su amargura (Sal., 30, 11); y en vuestra ausencia, que sois su dulce vida, nadie puede dar alimento a mi deliquio. ¿Adonde iré de vos ausente? ¿Adonde volveré los ojos sin la luz

que los alumbraba? ¿Quién me consolará si todo es pena?
¿Quién me preservará de la muerte sin la vida?

681. Volvíase también a los Santos Ángeles y continuando sin cesar en sus querellas amorosas, les hablaba y les decía: Príncipes Celestiales, embajadores del supremo y gran Rey de las alturas y amigos fidelísimos de mi alma ¿por qué también me habéis dejado? ¿Por qué me priváis de vuestra dulce vista y me negáis vuestra presencia? Pero no me admiro, Señores míos, de vuestro enojo, si por desgracia mía he merecido caer en el de vuestro Criador y mío. Luceros de los cielos, alumbrad en esta mi ignorancia a mi entendimiento y si tengo culpa corregidme y alcanzad de mi Dueño me perdone. Nobilísimos cortesanos de la feliz Jerusalén, doleos de mi aflicción y desamparo; decidme dónde fue mi amado; decidme donde se ha escondido; decidme dónde le hallaré sin andar vagueando y discurriendo por los rebaños de todas las criaturas (Cant., 1, 6). Pero ¡ay de mí, que tampoco me respondéis vosotros, siendo tan corteses y que expresamente conocéis las señas de mi Esposo, porque no os arroja de la vista de su rostro y hermosura!

682. Convertíase luego al resto de las otras criaturas y con repetidas ansias de amor hablaba con ellas, y decía: Sin duda que vosotras, que también estáis armadas (Sab., 5, 18) contra los ingratos, estaréis indignadas, como agradecidas, contra quien no lo ha sido; pero si por la bondad de mi Señor y vuestro me consentís entre vosotras, aunque yo soy la más vil, no podéis satisfacer a mi deseo. Muy bellos y espaciosos sois los cielos, hermosos y refulgentes los planetas y todas las estrellas, grandes e invencibles los elementos, adornada la tierra y vestida de plantas olorosas y de yerbas, innumerables los peces de las aguas, admirables las elevaciones del mar (Sal., 92, 4), ligeras las aves veloces, los minerales

ocultos, fuertes los animales y todo junto es una continuada escala y una dulce armonía para llegar a la noticia de mi Amado; pero son largos rodeos para quien ama; y cuando por todos camine con presteza, al fin me quedo y hallo ausente de mi bien; y con la cierta relación que me dais las criaturas de su hermosura sin medida, no se quieta mi vuelo, no se temple el dolor, no se modera mi pena, crece mi congoja, aumentase el deseo, inflamase el corazón y en el no saciado amor la vida terrena desfallece. ¡Oh dulce muerte sin mi vida! ¡Oh penosa vida sin mi alma y sin mi Amado! ¿Qué haré? ¿Adonde volveré? ¿Dónde vivo? Pero ¿dónde muero? Pues me faltó la vida ¿qué virtud es la que sin ella me sustenta? ¡Oh vosotras todas las criaturas que con vuestra repetida conservación y perfecciones me dais tantas señas de mi Dueño, atended si hay dolor semejante al mío! (Lam., 1, 12)

683. Otras muchas razones formaba en su pecho y repetía en su lengua nuestra divina Señora, que no pueden caer en otro pensamiento criado; porque sola su prudencia y amor alcanzaron el peso y sentimiento del ausentarse Dios de una alma, habiéndole gustado y conocido como la de Su Alteza. Pero si los mismos Ángeles, como con una emulación amorosa y santa, se admiraban de ver en una pura criatura y tierna niña tanta variedad de acciones prudentísimas de humildad, de fe, de amor, afectos y vuelos del corazón, ¿quién podrá explicar el agrado y beneplácito del mismo Señor en el alma de su electa y sus movimientos, que cada uno hería el corazón de Su Majestad, y procedía de mayor gracia y amor que cuanto había puesto en los mismos Serafines? Y si todos ellos a la vista de la Divinidad no sabían ejercer ni imitar las acciones de María Santísima ni guardar las leyes del amor con tanta perfección como ella, estando ausente y escondido el mismo Dios, ¿qué complacencia sería la que con tal objeto recibía toda la Beatísima Tri-

nidad? Oculto misterio es éste para nuestra bajeza; pero debemos reverenciarle con admiración y admirarle con toda reverencia.

684. No hallaba nuestra candidísima paloma donde su corazón pudiera sosegar, ni descansar el pie (Gén., 8, 9) de sus afectos, que con repetidos vuelos y gemidos discurrían sobre todas las criaturas. Iba muchas veces al Señor con lágrimas y suspiros amorosos, volvía y solicitaba a los Ángeles de su guarda y despertaba a todas las criaturas, como si fueran todas capaces de razón; subía a aquella habitación altísima con su ilustrado entendimiento y ardentísimo afecto, donde el sumo bien se le hacía encontradizo y gozaba recíprocamente sus inefables delicias. Pero el supremo Señor y enamorado Esposo, que se dejaba poseer y no gozar de su querida, enardecía más y más aquel purísimo corazón con poseerle, acrecentando sus méritos y poseyéndole de nuevo por nuevos y ocultos dones, para que más poseído más le amase y más amado y poseído le buscase con nuevas invenciones y ansias de amor inflamado. Búsquele —decía la divina Princesa— y no le hallé; levantaréme de nuevo y, discurriendo más por las calles y plazas de la ciudad de Dios, renovaré mis cuidados (Cant., 3, 1-2). Pero ¡ay de mí, que mis manos destilaron mirra (Cant., 5, 5), no bastan mis diligencias, no son poderosas mis obras más de para acrecentar mi dolor! Busqué al que ama mi corazón, búsquele y no le hallé. Ya mi querido se ausentó; llámele y no me respondió; volví los ojos a buscarle, pero las guardas de la ciudad y centinelas y todas las criaturas me fueron enojosas y me ofendieron con su vista. Hijas de Jerusalén, almas santas y justas, yo os ruego, yo os suplico, si encontráredeis a mi querido, le digáis que desfallezco y muero de su amor (Cant., 3, 1-5).

685. En estas endechas dulces y amorosas se ocupó continuamente nuestra Reina algunos días, derramando

fragantísimos olores de suavidad aquel humilde nardo, en sus recelos despreciado del Señor, que descansaba en el retrete de su fidelísimo corazón. Y la Divina Providencia, para mayor gloria suya y superabundantes merecimientos de su Esposa, alargó este plazo de suerte que se continuó algún tiempo, aunque no fue muy largo; pero en él padeció la divina Señora más tormentos espirituales y trabajos que todos los Santos juntos; porque llegando a sospechar y recelarse si había perdido a Dios y caído en su desgracia por culpa suya, nadie puede encarecer ni conocer, fuera del mismo Señor, cuánto y cuál sería el dolor de aquel ardiente corazón que tanto supo amar; y para ponderarlo tenía el mismo Dios, y para sentirlo lo dejaba Su Majestad en los recelos y temores de haberlo perdido.

Doctrina que me dio mi Señora y Reina.

686. Hija mía, todos los bienes se estiman según el aprecio que de ellos hacen las criaturas, y en tanto los aprecian, en cuanto conocen ser bienes; pero como sólo es uno el verdadero bien, y los demás fingidos y aparentes, sólo este sumo bien debe ser apreciado y conocido; y entonces llegarás a darle la estimación y amor cuando le gustares y conocieres y apreciares sobre todo lo criado. Por este aprecio y amor se regula el dolor de perderle; y así entenderás algo de los afectos que yo sentí cuando se me ausentaba el bien eterno, dejándome temerosa si acaso por culpas le perdía. Y es sin duda que muchas veces el dolor de estos recelos y la fuerza del amor me privaran de la vida, si el mismo Señor no la conservara.

687. Pondera, pues, ahora, cuál debe ser el dolor de perder a Dios verdaderamente por pecados, si en una alma que no siente los malos efectos de la culpa puede causar tanto dolor la ausencia del verdadero bien;

siendo así que no le pierde, antes le posee, aunque disimulado y oculto a su propio dictamen. Esta sabiduría no llega a la mente de los hombres carnales, antes con estultísima ceguedad aprecian el aparente: y fingido bien y se atormentan y desconsuelan de que les falte. Pero del sumo y verdadero bien no hacen concepto ni estimación, porque nunca le gustaron ni conocieron. Y aunque esta ignorancia formidable contraída por el primer pecado la desterró mi Hijo Santísimo, mereciéndoles la Fe y la Caridad, para que pudiesen conocer y gustar en algún modo el bien que nunca habían experimentado, pero ¡ay dolor! que la caridad se pierde y por cualquier deleite se pospone y la fe quedando ociosa y muerta no aprovecha; y así viven los hijos de las tinieblas, como si de la eternidad sólo tuviesen una fingida o dudosa relación.

688. Teme, alma, este peligro nunca bastantemente ponderado; desvélate y vive siempre advertida y prevenida contra los enemigos que jamás duermen. Tu meditación de día y de noche sea cómo trabajarás para no perder el sumo bien que amas. No te conviene dormir ni dormitar entre invisibles enemigos, y si tal vez se te escondiere tu amado, espera con paciencia y búscale con solicitud sin descansar, que no sabes sus ocultos juicios; y para el tiempo de la ausencia y tentación lleva prevenido el aceite (Mt., 25, 4) de la Caridad y sana intención, para que no te falte y seas reprobada con las vírgenes estultas y necias.

CAPITULO 18

Continúanse otros trabajos de nuestra Reina y algunos que permitió el Señor por medio de criaturas y de la antigua serpiente.

689. Perseveraba siempre el Altísimo escondido y oculto

con la Princesa del Cielo; y a este trabajo, que era el mayor, añadió Su Majestad otros con que se acrecentase el mérito, la gracia y la corona, inflamándose más el castísimo amor de la divina Señora. El Dragón grande y antigua serpiente Lucifer estaba atento a las obras heroicas de María Santísima; y si bien de las interiores no podía ser testigo de vista, porque se las ocultaron, pero estaba en asechanza de las exteriores, que eran tan altas y perfectas cuanto bastaba para atormentar la soberbia e indignación de este envidioso enemigo; porque le ofendía sobre toda ponderación la pureza y santidad de la niña María.

690. Movidó con este furor juntó un conciliábulo en el infierno, para consultar sobre este negocio a los superiores príncipes de las tinieblas, y congregados les propuso este razonamiento: El gran triunfo que hoy tenemos en el mundo con la posesión de tantas almas como rendimos a nuestra voluntad, me recelo y temo se ha de ver deshecho y humillado por medio de una mujer; y no podemos ignorar este peligro, pues le conocimos en nuestra creación y después se nos notificó la sentencia que la mujer nos quebrantaría la cabeza (Gén., 3, 15); por lo cual nos conviene estar en vela y no tener descuido. Noticia tenéis ya de una niña que nació de Ana y va creciendo en edad y juntamente señalándose en virtudes; yo he puesto mi atención en todas sus acciones, movimientos y obras y no he reconocido, al tiempo común de entrar en el discurso y llegar a sentir sus pasiones naturales, que en ella se descubran los efectos de nuestra semilla y malicia como en los demás hijos de Adán se manifiestan. Véola siempre compuesta y perfectísima, sin poderla inclinar ni reducir a las parvuleces pecaminosas y humanas o naturales de otros niños, y por estos indicios me recelo si ésta es la escogida para Madre del que se ha de hacer hombre.

691. Pero no me puedo persuadir a esto; porque nació como los demás y sujeta a las leyes comunes de la naturaleza, y sus padres hicieron oración y ofrendas para que a ellos y a ella les fuera perdonada la culpa, siendo llevada al templo como las demás mujeres. Con todo eso, aunque no sea ella la escogida contra nosotros, tiene grandes principios en su niñez y prometen para adelante señalada virtud y santidad, y no puedo tolerar su modo de proceder con tanta prudencia y discreción. Su sabiduría me abrasa, su modestia me irrita, su paciencia me indigna y su humildad me destruye y oprime y toda ella me provoca a insufrible furor y la aborrezco más que a todos los hijos de Adán. Tiene no sé qué virtud especial, que muchas veces quiero llegar a ella y no puedo, y si le arrojé sugerencias no las admite, y todas mis diligencias con ella hasta ahora se han desvanecido sin tener efecto. Aquí nos importa a todos el remedio y poner mayor cuidado para que nuestro principado no se arruine. Yo deseo más la destrucción de esta alma sola que de todo el mundo. Decidme, pues, ahora, qué medios, qué arbitrios tomaremos para vencerla y acabar con ella; que yo ofrezco los premios de mi liberalidad a quien lo hiciere.

692. Ventilóse el caso en aquella confusa sinagoga, sólo para nuestro daño concertada, y entre otros pareceres dijo uno de aquellos horribles consiliarios: Príncipe y señor nuestro, no te atormentes con tan pequeño cuidado, que una mujercilla flaca no será tan invencible y poderosa como lo somos todos los que te seguimos. Tú engañaste a Eva (Gén., 3, 4), derribándola del feliz estado que tenía, y por ella venciste a su cabeza Adán; pues ¿cómo no vencerás a esa Mujer su descendiente, que nació después de su primera caída? Prométete desde luego esta victoria; y para conseguirla determinemos, aunque resista muchas veces, perseverar en tentarla; y si necesario fuere que derogemos en

alguna cosa nuestra grandeza y presunción, no repararemos en ello a trueco de engañarla; y si no bastare, procuraremos destruir su honra, y quitarémosle la vida.

693. Otros demonios añadieron a esto, y dijeron a Lucifer: Experiencia tenemos, ioh poderoso príncipe!, que para derribar muchas almas es medio poderoso valemos de otras criaturas como eficaz medio para obrar lo que por nosotros mismos no alcanzamos, y por este camino trazaremos y fabricaremos la ruina de esta mujer, observando para esto el tiempo y coyunturas más oportunas que nos ofriere con su proceder. Y sobre todo importa que apliquemos nuestra sagacidad y astucia para que una vez pierda la gracia con algún pecado y, en faltándole este apoyo y protección de los justos, la perseguiremos y comprenderemos como a quien está sola y sin haber en ella quien la pueda librar de nuestras manos, y trabajaremos hasta reducirla a la desconfianza del remedio.

694. Agradeció Lucifer estos arbitrios y esfuerzo que le dieron sus secuaces cooperadores de la maldad, y recíprocamente les mandó y exhortó le acompañasen los más astutos en la malicia, constituyéndose de nuevo por caudillo de tan ardua empresa; porque no la quiso fiar de otras manos que las suyas. Y aunque le asistían otros demonios, pero el mismo Lucifer en persona se halló siempre el primero en tentar a María y a su Hijo Santísimo en el desierto, y en el discurso de sus vidas, como en ésta veremos adelante.

695. Por todo este tiempo nuestra divina Princesa continuaba las congojas y dolor de la ausencia de su Amado, cuando aquella infernal cuadrilla embistió de tropel para tentarla. Pero la virtud Divina que la hacía sombra impidió los conatos de Lucifer para que no pudiese acercarse mucho a ella, ni ejecutar todo lo que

intentaba; pero con permiso del Altísimo le arrojaban en sus potencias muchas sugerencias y pensamientos varios de suma iniquidad y malicia; porque no extrañó el Señor que la Madre de la Gracia fuese también tentada en todo, pero sin pecado (Heb., 4, 15), como lo había de ser después su Hijo Santísimo.

696. En este nuevo conflicto no se puede fácilmente concebir cuánto padeció el purísimo y candidísimo corazón de María, viéndose rodeada de sugerencias tan extrañas y distantes de su inefable pureza y de la alteza de sus divinos pensamientos. Y como la antigua serpiente la reconocía a la gran Señora afligida y llorosa, pretendió con esto cobrar mayor esfuerzo, cegándole su misma soberbia, porque ignoraba el secreto del cielo. Pero animando a sus infernales ministros, les dijo: Persigámosla ahora, persigámosla, que ya parece logramos nuestros intentos y siente la tristeza, camino de la desconfianza.—Y con este engaño le enviaron nuevos pensamientos de desmayo y desconfianza y con terribles imaginaciones la combatieron, aunque en vano, porque herida la piedra de la generosa virtud, con mayor fuerza despide más centellas y fuego de divino amor. Estuvo nuestra invencible Reina tan superior e inmóvil a la batería del infierno, que en su interior ni se alteró, ni dio por entendida a tantas sugerencias, más de para reconcentrarse en sus incomparables virtudes y levantar más la llama del divino incendio de amor que en su pecho ardía.

697. Como ignoraba el Dragón la oculta sabiduría y prudencia de nuestra Soberana Princesa, aunque la reconocía fuerte y sin turbarle las potencias, y sentía la resistencia de la virtud Divina, con todo eso perseveraba en su antigua soberbia, acometiendo a la Ciudad de Dios por diversos modos y baterías. Pero, aunque el astuto enemigo con un mismo afecto mudaba los ingenios,

venían a ser sus máquinas como las de una débil hormiga contra un muro diamantino. Era nuestra Princesa la mujer fuerte, de quien se puede fiar el corazón de su varón (Prov., 31, 11) sin recelos de hallar frustrados sus deseos. Era su adorno la fortaleza que la llenaba de hermosura; y su vestido que le servía de gala, eran la Pureza y Caridad. No podía sufrir la inmunda y altiva serpiente este objeto, cuya vista le deslumbraba y turbaba con nueva confusión; y así trató de quitarla la vida, forcejando mucho en esto todo aquel escuadrón de espíritus malignos; y en este conato gastaron algún tiempo, sin más efecto que en los demás.

698. Grande admiración me ha hecho el conocimiento de este sacramento tan oculto, considerando a lo que se extendió el furor de Lucifer contra María Santísima en sus primeros años, y por otra parte la oculta y vigilante protección del Altísimo para defenderla. Veo al Señor cuán atento estaba a su Esposa electa y única entre las criaturas; y miro juntamente a todo el infierno convertido en furor contra ella, y estrenando la suma indignación que hasta entonces no había ejecutado con otra criatura, y la facilidad en que el poder Divino desvanecía todo el poder y astucia infernal. ¡Oh más que infeliz y mísero Lucifer, cuánto es mayor tu soberbia y arrogancia que tu fortaleza! (Is., 16, 6) Muy débil y enano eres para tan loca presunción; desconfía ya de ti y no te prometas tantos triunfos, pues una tierna niña quebrantó tu cabeza, y en todo y por todo te dejó vencido. Confiesa que vales y sabes poco, pues ignoraste el mayor sacramento del Rey, y que te humilló su poder con el instrumento que tú despreciabas, de una mujer flaca y niña en la condición de su naturaleza. ¡Oh cómo sería grande tu ignorancia, si los mortales se valiesen de la protección del Altísimo, y del ejemplar e imitación e intercesión de esta victoriosa y triunfadora Señora de los Ángeles y los hombres!

699. Entre estas alternadas tentaciones y combates era incesante la oración fervorosa de María Santísima, y decía al Señor: Ahora, Dios mío Altísimo, que estoy en la tribulación, estaréis conmigo (Sal., 90, 15); ahora que de todo mi corazón os llamo y busco vuestras justificaciones (Sal., 118, 145), llegarán mis peticiones a vuestros oídos; ahora que padezco tan gran violencia, responderéis por mí (Is., 38, 14); vos, Señor y Padre mío, sois mi fortaleza y mi refugio (Sal., 30, 4), y por vuestro santo nombre me sacaréis del peligro, me encaminaréis para el seguro camino y me alimentaréis como hija vuestra.—Repetía también muchos misterios de la Sagrada Escritura, y en especial los Salmos que hablan contra los enemigos invisibles; y con estas invencibles armas, sin perder un átomo de la paz, igualdad y conformidad interior, antes confirmándose más en ella, elevado su purísimo espíritu en las alturas, peleaba, resistía y vencía a Lucifer con incomparable agrado del Señor y merecimientos.

700. Vencidas ya estas ocultas tentaciones y peleas, comenzó otro nuevo duelo la serpiente por medio e intervención de las criaturas, y para esto arrojó ocultamente algunas centellas de envidia y emulación contra María Santísima en el pecho de las doncellas compañeras suyas, que asistían en el Templo. Este contagio tenía el remedio tanto más dificultoso, cuanto se ocasionaba de la puntualidad con que nuestra divina Princesa acudía al ejercicio de todas las virtudes, creciendo en sabiduría y gracia para con Dios y con los hombres; que donde pica la ambición de la honra, las mismas luces de la virtud encandilan el juicio y le deslumbran, y aun encienden la llama de la envidia. Administrábales el Dragón a las simples doncellas muchas sugerencias interiores, persuadiéndolas que a vista del sol de María Santísima quedaban ellas

oscurecidas y poco estimadas y que sus propias negligencias eran más conocidas de la maestra y de los sacerdotes y que sola María sería la preferida en estado y estimación de todos.

701. Admitieron esta mala semilla en su pecho las compañeras de nuestra Reina y, como poco advertidas y ejercitadas en las batallas espirituales, la dejaron crecer hasta que llegó a redundar en interior aborrecimiento con la Purísima María. Este odio pasó a indignación, con que la miraban y trataban no pudiendo sufrir la modestia de la cándida paloma; porque el Dragón las incitaba, revistiendo a las incautas doncellas del mismo furor que él había concebido contra la Madre de las virtudes. Perseverando más la tentación se fue también manifestando en los efectos y llegaron las doncellas a conferirla entre sí mismas, ignorando de qué espíritu eran; y concertaron molestar y perseguir a la Princesa del mundo, no conocida, hasta despedirla del Templo; y llamándola aparte, la dijeron palabras muy pesadas, tratándola con modo muy imperioso de gestera, hipócrita y que sólo trataba de granjear con artificio la gracia de la Maestra y sacerdotes y desacreditar a las demás compañeras, murmurando de ellas y encareciendo sus faltas, siendo ella la más inútil de todas, y que por esto la aborrecían como al enemigo.

702. Estas contumelias y otras muchas oyó la prudentísima Virgen sin recibir turbación alguna, y con igual humildad respondió: Amigas y señoras mías, razón tenéis por cierto que yo soy la menor y más imperfecta de todas; pero vosotras, mis hermanas, como más advertidas habéis de perdonar mis faltas y enseñar mi ignorancia, encaminándome para que acierte en hacer lo mejor y en daros gusto. Yo os suplico, amigas, que aunque soy tan inútil, no me neguéis vuestra gracia, no creáis de mí que deseo desmerecerla, porque os amo y

reverencio como sierva y lo seré en todo lo que gustareis; haced experiencia de mi buena voluntad; mandadme, pues, y decidme lo que de mí queréis.

703. No ablandaron estas humildes y suaves razones de la modestísima María el pecho endurecido de sus amigas y compañeras, poseídas de la saña furiosa que el Dragón tenía contra ella; antes irritándose él más, las incitaba e irritaba también a ellas, para que con la dulce triaca se entumeciesen más la mordedura y veneno serpentino derramado contra la mujer que había sido señal grande en el cielo (Ap., 12, 15). Fuese continuando muchos días esta persecución, sin que fuesen poderosas la humildad, paciencia, modestia y tolerancia de la divina Señora para templar el odio de sus compañeras; antes se avanzó el demonio a proponerles muchas sugerencias llenas de temeridad, para que pusiesen las manos en la humildísima cordera y la maltratasen, y aun le quitasen la vida. Pero el Señor no permitió que tan sacrílegos pensamientos se ejecutasen, y a lo que más se extendieron fue a injuriarla de palabra y darle algunos empellones. Pasaba esta batalla en secreto, sin haber llegado a noticia de la Maestra ni de los sacerdotes; y en este tiempo la Santísima María granjeaba incomparables merecimientos y dones del Altísimo con la materia que se le ofrecía de ejercitar todas las virtudes con Su Majestad y con las criaturas que la perseguían y aborrecían. Con ellas hizo heroicos actos de Caridad y humildad, dando bien por mal, bendiciones por maldiciones, obsecraciones por blasfemias (1 Cor., 4, 12-13) y cumpliendo en todo con lo perfecto y más alto de la Divina Ley. Con el Altísimo ejercitó las más excelentes virtudes, rogando por las criaturas que la perseguían, humillándose con admiración de los Ángeles, como si fuera la más vil de los mortales y merecedora de lo que con ella hacían; y todas estas obras excedían al juicio de los hombres y al más alto merecimiento de los Serafines.

704. Sucedió un día que, atropelladas aquellas mujeres de la tentación diabólica, llevaron a la princesa María a un aposento retirado y, pareciéndoles estaban más a su salvo, la llenaron de injurias y contumelias desmedidas para irritar su mansedumbre y desquiciar su inmóvil modestia con algún desairado ademán. Pero como la Reina de las virtudes no podía ser esclava de algún vicio ni por sólo un instante, mostróse más invencible su paciencia cuando fue más necesaria, y las respondió con mayor agrado y dulzura. Ofendidas ellas de no conseguir su desordenado intento, alzaron la voz destempladamente, de manera que siendo oídas en el Templo, fuera de lo que se acostumbraba, causaron grande novedad y confusión. Acudieron al ruido los sacerdotes y Maestra y, dando lugar el Señor a esta nueva aflicción de su Esposa, preguntaron con severidad la causa de aquella inquietud. Y callando la mansísima paloma, respondieron las otras doncellas con mucha indignación, y dijeron: María de Nazaret nos trae a todas inquietas y alteradas con su terrible condición, y fuera de vuestra presencia nos desconsuela y provoca, de suerte que si no sale del Templo no será posible tener todas paz con ella. Si la sufrimos, es altiva, y si la reprendemos se burla de todas, postrándose a los pies con fingida humildad, y después lo murmura y lo inquieta todo entre nosotras.

705. Los sacerdotes y Maestra llevaron a otro aposento a la Señora del mundo y allí la reprendieron con la severidad consiguiente al crédito que dieron por entonces a sus compañeras; y habiéndola exhortado que se enmendase y procediese como quien vivía en la casa de Dios, la amenazaron que si no lo hacía la despedirían y echarían del templo. Y esta amenaza fue el mayor castigo que pudieron darle, aunque hubiera tenido alguna culpa, siendo ignorante en todas las que le

imputaban. Quien tuviere del Señor inteligencia y luz para conocer alguna parte de la profundísima humildad de María Santísima, entenderá algo de los efectos que en su candidísimo corazón obraban estos misterios; porque se juzgaba por la más vil de los nacidos y la más indigna de vivir entre ellos y pisar la tierra. Enternecióse un poco la Prudentísima Virgen con esta conminación y con lágrimas respondió a los Sacerdotes, y les dijo: Señores, yo agradezco el favor que me hacéis con reprenderme y enseñarme como a tan imperfecta y vil mujer; pero suplicóos me perdonéis, pues sois Ministros del Altísimo, y disimulando mis defectos me gobernéis en todo para que yo acierte mejor que hasta ahora a dar gusto a Su Majestad y a mis hermanas y compañeras; que con la gracia del Señor lo propongo de nuevo y comenzaré desde hoy.

706. Añadió nuestra Reina otras razones llenas de dulcísima candidez y modestia; con que la dejaron la Maestra y Sacerdotes, advirtiéndola de nuevo de la misma doctrina de que ella era sapientísima Maestra. Fuese luego a las demás compañeras y doncellas y postrándose a sus pies les pidió perdón, como si los defectos que la imputaban pudieran caer en la que era Madre de la inocencia. Admitieronla ellas mejor por entonces, juzgando que sus lágrimas eran efecto del castigo y reprensión de los Sacerdotes y Maestra, a quienes habían reducido a su intento mal gobernado. El Dragón, que ocultamente iba urdiendo esta tela, levantó a mayor altivez y presunción los incautos corazones de todas aquellas mujeres y, como habían hecho camino en el de los mismos Sacerdotes, prosiguieron con mayor audacia en desacreditar y descomponer con ellos a la Purísima Virgen. Para esto fabricaron nuevas fabulaciones y mentiras con instinto del mismo Demonio; pero nunca dio lugar el Altísimo que se dijese ni presumiese cosa muy grave ni indecente de la que tenía

escogida para Madre Santísima de su Unigénito. Y sólo permitió que la indignación y engaño de las doncellas del templo llegase a encarecer mucho algunas pequeñas aunque fingidas faltas que la imputaban, y que por mayor hiciesen muchas hazañerías mujeriles; cuanto bastaba para que ellas declarasen su inquietud y con ella y con las reprensiones de la Maestra y Sacerdotes tuviese nuestra humildísima Señora María ocasión de ejercitar las virtudes y acrecentar los dones del Altísimo y el colmo de merecimientos.

707. Todo lo hacía nuestra Reina con plenitud de agrado en los ojos del Señor, que se recreaba con el olor suavísimo de aquel humilde nardo (Cant., 1, 11), maltratado y despreciado de las criaturas que no le conocían. Repetía sus clamores y gemidos por la ausencia continuada de su amado, y en una de estas ocasiones le dijo: Sumo bien y Señor mío de misericordias infinitas, si vos que sois mi Dueño y mi Hacedor me habéis desamparado, no es mucho que todo el resto de las criaturas me aborrezcan y se conviertan contra mí. Todo lo merece mi ingratitud a vuestros beneficios; pero siempre os reconozco y os confieso por mi refugio y mi tesoro; Vos sólo sois mi bien, mi amado y descanso, y si lo sois y os tengo ausente ¿cómo sosegará mi afligido corazón? Las criaturas hacen conmigo lo que deben, pero aun no llegan a tratarme como merezco, porque Vos, Señor y Padre mío, en afligir sois parco y en premiar liberalísimo. Descontad, Señor, mis negligencias con el dolor de haberos ocultado a mi interior y pagad con larga mano el bien que Vuestras criaturas me granjean, obligándome a conocer más Vuestra bondad y mi vileza; levantad, Señor, a la menesterosa del polvo de la tierra (1 Sam., 2, 8) y renovad a la que es pobre y vilísima entre las criaturas, y vea yo Vuestro Divino Rostro y seré salva (Sal., 79, 4).

708. No será posible ni necesario referir todo lo que sucedió a nuestra gran Princesa en esta prueba de sus virtudes; pero, dejándola por ahora en ella, será vivo ejemplar para llevar con dilatación cualquiera trabajo los que necesitamos de las penas y de duros golpes para satisfacer nuestros pecados y domar nuestra cerviz al yugo de la mortificación. No cometió culpa ni se halló dolo en nuestra inocentísima paloma, y padeció con humilde silencio y tolerancia ser de balde aborrecida y perseguida; pues hallémonos en su presencia confundidos los que una leve injuria —que todas son muy leves para quien tiene a Dios por enemigo— reputamos por irreparable ofensa hasta vengarla. Poderoso era el Altísimo para desviar de su escogida y Madre cualquiera persecución y contrariedad, pero, si en esto usara de su poder, no le manifestara en conservarla perseguida, ni le diera prendas tan seguras de su amor, ni ella consiguiera el dulce fruto de amar a los enemigos y perseguidores. Indignos nos hacemos de tanto bien cuando en los agravios levantamos el grito contra las criaturas y el corazón soberbio contra el mismo Dios que en todo las gobierna, y no se quieren sujetar a su Hacedor y Justificador que sabe de lo que necesitan para su salud.

Doctrina de la Reina del Cielo María Santísima.

709. Pues adviertes, hija mía, en el ejemplar de estos sucesos, quiero que él te sirva de doctrina y enseñanza para que con aprecio la escondas en tu pecho, dilatándole para recibir con alegría las persecuciones y calumnias de las criaturas, si fueres participante de este beneficio. Los hijos de perdición que sirviendo a la vanidad ignoran el tesoro de padecer injurias y perdonarlas, hacen honra de la venganza, que aun en los términos de la ley natural es la mayor vileza y fealdad de todos los vicios; porque se opone más a la razón natural y nace de corazón no humano sino brutal o ferino y, por el

contrario, el que perdona las injurias y las olvida — aunque no tenga Fe Divina ni luz del Evangelio— por esta magnanimidad se hace superior, como rey de la misma naturaleza; porque tiene de ella lo más noble y excelente y no paga el vilísimo tributo de hacerse fiera irracional con la venganza.

710. Y si tanto se opone el vicio de la venganza con la misma naturaleza, considera, carísima, qué oposición tendrá con la gracia y cuán odioso y aborrecible será el vengativo en los ojos de mi Hijo Santísimo, que se hizo hombre, murió y padeció sólo por perdonar y para que el linaje humano alcanzase perdón de las injurias cometidas contra el mismo Señor. Contra esta intención y obras tuyas y contra su misma naturaleza y bondad infinita se opone la venganza; y cuanto en ella es, el vengativo destruye todo punto al mismo Dios y sus obras; y así merece singularmente por este pecado que le destruya Dios con todo su poder. Entre el que perdona y sufre las injurias y entre el vengativo, hay la misma diferencia que entre el hijo único y heredero y el enemigo mortal: éste provoca toda la fuerza de la indignación de Dios y el otro merece todos los bienes y los adquiere; porque en esta gracia es imagen perfectísima del Padre Celestial.

711. Quiero, alma, entiendas que padecer las injurias con igualdad de corazón y perdonarlas enteramente por el Señor, será más grato a sus ojos que si por tu voluntad hicieras rígidas penitencias y derramares tu propia sangre. Humíllate a los que te persiguen, ámalos y ruega por ellos con verdadero corazón; y con esto rendirás a tu amor el corazón de Dios, subirás a lo perfecto de la santidad y vencerás a todo el infierno. Aquel gran Dragón que a todos persigue, le confundía yo con la humildad y mansedumbre y no podía su furor tolerar estas virtudes y más veloz que un rayo huía por ellas de mi presencia; y

así alcancé con ellas grandes victorias para mi alma y gloriosos triunfos para la exaltación de divinidad. Cuando alguna criatura se movía contra mí, no concebía indignación contra ella, porque de verdad conocía era instrumento del Altísimo, gobernado por su Providencia para mi bien propio; y este conocimiento y considerarla hechura de mi Señor y capaz de su gracia, me atraían para que la amase con verdad y fuerza, y no sosegaba hasta remunerarle este beneficio con alcanzarle, en cuanto me era posible, la salvación eterna.

712. Procura, pues, y trabaja por imitar lo que has entendido y escrito, y muéstrate mansísima, pacífica y agradable a los que te fueren molestos; estímálos con verdad en tu corazón; y no tomes venganza del mismo Señor por tomarla de sus instrumentos, ni desprecies la estimable margarita de las injurias; y cuanto es de tu parte dales siempre bien por mal (Rom., 12, 14), beneficios por agravios, amor por aborrecimientos, alabanzas por vituperios, bendición por maldición; y serás hija perfecta de tu Padre (Mt., 5, 45) y esposa amada de tu Dueño, mi amiga y mi carísima.

CAPITULO 19

El Altísimo dio luz a los Sacerdotes de la inocencia inculpable de María Santísima, y a ella de que estaba cerca el tránsito dichoso de su madre Santa Ana; y hallóse en él.

713. No dormía el Altísimo ni dormitaba (Sal., 120, 4) entre los clamores dulces de su dilecta esposa María, si bien disimulaba oírlos, recreándose con ellos en el prolongado ejercicio de sus penas, que le ocasionaban tan gloriosos triunfos y admiración y alabanza de los espíritus soberanos. Perseveraba siempre el fuego lento

de aquella persecución ya dicha para que la divina fénix María se renovase muchas veces en las cenizas de su humildad y renaciese su purísimo corazón y espíritu en nuevo ser y estado de la Divina gracia. Pero cuando ya era tiempo oportuno de poner término a la ciega envidia y emulación de aquellas engañadas doncellas, para que sus parvuleces no pasasen a descrédito de la que había de ser honra de toda la naturaleza y gracia, habló en sueños al Sacerdote y le dijo el mismo Señor: Mi Sierva María es agradable a mis ojos, es perfecta y escogida y está sin culpa en lo que se le atribuye.—La misma inteligencia y revelación tuvo Ana, la maestra de las doncellas. Y a la mañana el Sacerdote y ella confirieron la Divina luz y aviso que entrambos habían recibido; y con este conocimiento del cielo se compungieron del engaño padecido y llamaron a la princesa María pidiéndola perdón de haber dado crédito a la falsa relación de las doncellas y la propusieron todo lo que les pareció conveniente para retirarla y defenderla de la persecución que la hacían y las penas que la ocasionaban.

714. Oyó esta propuesta la que era Madre y origen de la humildad y respondió al Sacerdote y Maestra: Señores, yo soy a quien se deben las reprensiones, y os suplico no desmerezca oírlas, pues como necesitada las pido y estimo. La compañía de mis hermanas las doncelias para mí es muy amable y no quiero perderla por mis deméritos, pues tanto debo a todas por lo que me han sufrido y en retorno de este beneficio las deseo más servir; pero si me mandáis otra cosa, aquí estoy para obedecer a Vuestra voluntad.—Esta respuesta de María Santísima confortó y consoló más al Sacerdote y Maestra y aprobaron su humilde petición; pero de allí adelante atendieron más a ella mirándola con nueva reverencia y afecto. Pidió la Virgen humildísima al Sacerdote la mano y bendición, y también a la Maestra, como lo tenía de

costumbre, y con esto la dejaron. Pero como al sediento se le van los sentidos y el apetito tras del agua cristalina que se aleja, así quedó el corazón de María Señora nuestra entre anhelado y dolorido por aquel ejercicio de padecer, que como sedienta y abrasada en el amor divino juzgaba que, con la diligencia que el Sacerdote y Maestra querían hacer, le faltaría para adelante el tesoro de los trabajos.

715. Retiróse luego nuestra Reina y a solas hablando con el Altísimo le dijo: ¿Por qué, Señor y amado Dueño mío, tanto rigor conmigo? ¿Por qué tan larga ausencia y tanto olvido de quien sin Vos no vive? Y si en mi prolija soledad sin vuestra vista dulce y amorosa me consolaban las prendas ciertas de vuestro amor, cuales eran los pequeños trabajos que padecía por él, ¿cómo vivirá ahora en mi deliquio sin este alivio? ¿Por qué, Señor, tan presto alzáis la mano de este favor? ¿Quién fuera de vos pudiera trocar el corazón de mis señores los Sacerdotes y Maestra? Pero no merecía yo el beneficio de sus caritativas reprensiones, no soy digna de padecer trabajos, porque no lo soy tampoco de vuestra deseada vista y regalada presencia. Si no he sabido obligaros, Padre y Señor mío, yo enmendaré mis negligencias y si me dais algún alivio a mi flaqueza, ninguno puede serlo faltándole a mi alma la alegría de vuestra cara; pero en todo espero, Esposo mío, con rendido afecto que se cumpla vuestro Divino beneplácito.

716. Con este desengaño de los Sacerdotes y Maestra del Templo se atajó la molestia que las doncellas daban a nuestra soberana Princesa, y a ellas también moderó el Señor, impidiendo juntamente al demonio que las irritaba. Pero la ausencia con que estaba escondido de la divina Esposa duró por diez años; cosa admirable; si bien la interrumpía el Altísimo algunas veces corriendo la cortina de su rostro, para que su querida tuviese algún

alivio; mas no fueron muchas las que dispensó en este tiempo, y éstas con menos regalo y caricia que en los primeros años de la niñez. Fue conveniente esta ausencia del Señor, para que por el ejercicio de todas las virtudes se dispusiese nuestra Reina con la perfección ejecutada para la dignidad que el Altísimo la prevenía; y si gozara siempre de la vista de Su Majestad por los modos que sucesivamente la tenía en lo demás del tiempo, y arriba declaramos (Cf. supra n. 615-645), no pudiera padecer por el orden común de pura criatura.

717. Pero en este género de retiro y ausencia del Señor, aunque a María Santísima le faltaban las visiones intuitivas y de la Divina esencia y las de los Ángeles que se dijo arriba, tenían su alma santísima y sus potencias más dones de gracias y luz sobrenatural que alcanzaron ni recibieron todos los Santos, porque en esto nunca la mano del Altísimo estuvo abreviada con ella; mas, en comparación de las visiones frecuentes de los primeros años, llamo ausencia y retiro del Señor haber estado sin ellas tanto tiempo. Comenzóle esta ausencia ocho días antes de la muerte de su padre San Joaquín; y luego sucedieron las persecuciones del infierno por sí y tras ellas las de las criaturas, con que llegó nuestra Princesa a los doce años de su edad. Y entrada ya en ellos, un día los Santos Ángeles sin manifestársele la hablaron y dijeron: María, el término de la vida de tu santa madre Ana está dispuesto por el Altísimo se cumpla ahora, y Su Majestad ha determinado que sea libre de las prisiones del cuerpo mortal y sus trabajos tengan dichoso fin.

718. Con este nuevo y doloroso aviso se enterneció el corazón de la piadosa hija y, postrándose en la presencia del Altísimo, hizo una fervorosa oración por la buena muerte de su madre Santa Ana, y dijo: Rey de los siglos invisible y eterno, Señor inmortal y poderoso, autor de todo el universo, aunque soy polvo y ceniza y confieso

que tendré desobligada a vuestra grandeza, no por eso dejaré de hablar a mi Señor (Gén., 18, 27) y derramaré mi corazón en su presencia (Sal., 61, 9), esperando, Dios mío, que no despreciaréis a la que siempre ha confesado vuestro Santo Nombre. Enviad, Señor mío, en paz a vuestra sierva, que con invicta Fe y con Esperanza cierta ha deseado cumplir vuestro Divino beneplácito. Salga victoriosa y triunfante de sus enemigos al seguro puerto de los Santos Vuestros escogidos; confírmela Vuestro brazo poderoso; asístala en el término de la carrera de nuestra mortalidad la misma diestra que hizo perfectas sus pisadas y descanse, Padre mío, en la paz de Vuestra gracia y amistad la que siempre la procuró con verdadero corazón.

719. No respondió el Señor de palabra a esta petición de su amada, pero la respuesta fue un admirable favor que hizo a ella y a su Santa Madre Ana. Mandó Su Majestad aquella noche que los Santos Ángeles de María Santísima la llevasen real y personalmente a la presencia de su madre enferma y que en su lugar quedase sustituto uno de ellos, tomando cuerpo aéreo de su misma forma. Obedecieron los Ángeles al Divino mandato y llevaron a su Reina y nuestra a la casa y aposento de su madre Santa Ana. Y hallándose con ella la divina Señora, la dijo besándole la mano: Madre mía y mi Señora, sea el Altísimo vuestra luz y fortaleza y sea bendito, pues no ha querido su dignación que yo, pobre y necesitada, quedase sin el beneficio de vuestra última bendición; recíbala yo, madre mía, de vuestra mano.—Diole su bendición Santa Ana, y con íntimo afecto dio al Señor las gracias de aquel beneficio, como quien conocía el sacramento de su hija y Reina, a la cual también agradeció el amor que en tal ocasión había manifestado.

720. Luego se convirtió nuestra Princesa a su Santa Madre y la confortó y animó para el trance de la

muerte; y entre otras muchas razones de incomparable consuelo, la dijo éstas: Madre y querida de mi alma, necesario es que por la puerta de la muerte pasemos a la eterna vida que esperamos; amargo es y penoso el tránsito, pero fructuoso; porque se admite por el Divino beneplácito y es principio de la seguridad y sosiego y satisface asimismo por las negligencias y defectos de no haber empleado tan ajustadamente la vida como debe la criatura. Recibid, madre mía, la muerte y pagad con ella la común deuda con alegría de espíritu y partid segura a la compañía de los Santos Patriarcas, Profetas, Justos y Amigos de Dios, nuestros padres, donde con ellos esperaréis la Redención que nos enviará el Altísimo por medio de su salud y nuestro Salvador; la seguridad de esta esperanza será el alivio mientras llega la posesión del bien que todos esperamos.

721. Santa Ana respondió a su Hija Santísima con el recíproco amor y consuelo digno de tal madre y tal hija en aquella ocasión, y con maternal caricia la dijo: María, hija mía querida, cumplid ahora con esta obligación, no me olvidando en la presencia de nuestro Señor Dios y Criador, representándole mi necesidad de su Divina protección en esta hora; advertid lo que debéis a quien os concibió y tuvo en sus entrañas nueve meses y después sustentó a sus pechos y siempre os tiene en el corazón. Pedid, hija mía, al Señor extienda la mano de sus misericordias infinitas sobre esta inútil criatura que salió de ellas, y venga sobre mí su bendición en esta hora de mi muerte, pues ahora y siempre he puesto mi confianza toda en solo su Santo Nombre, y no me desamparéis, amada mía, antes que cerréis mis ojos. Huérfana quedáis y sin amparo de los hombres, pero en la protección del Altísimo viviréis y esperaréis en sus misericordias antiguas. Caminad, hija de mi corazón, por el camino de las justificaciones del Señor (Sal., 118, 27) y pedid a Su Majestad gobierne vuestros afectos y potencias y sea el

maestro que os enseñe su Santa Ley. No salgáis del Templo antes de tomar estado, y éste sea con el sano consejo de los Sacerdotes del Señor y habiendo pedido continuamente a Dios que lo disponga de su mano; y si fuere su voluntad daros esposo, sea de Judá y de linaje de David. De la hacienda de vuestro padre Joaquín y mía, que os pertenece, partiréis con los pobres, con quienes seréis larga y caritativa. Guardaréis vuestro secreto en lo escondido de vuestro pecho y continuamente pediréis al Omnipotente quiera su misericordia enviar al mundo su salud y redención por el Mesías prometido. Ruego y suplico a su bondad infinita que sea vuestro amparo y venga sobre vos su bendición con la mía.

722. Entre tan altos y divinos coloquios la dichosa madre Santa Ana sintió las últimas congojas de la muerte, o de la vida, y reclinada en el trono de la gracia que eran los brazos de su Hija Santísima María dio su alma purísima a su Criador. Y habiéndole cerrado los ojos, como lo pidió a su hija, dejando el sagrado cuerpo compuesto, volvieron los Santos Ángeles a su reina María Purísima y la restituyeron a su lugar en el Templo. No impidió el Altísimo la fuerza del natural amor para que la divina Señora no sintiera con gran ternura y dolor la muerte de su feliz madre y con ella su propia soledad sin tal amparo. Pero estos movimientos dolorosos fueron en nuestra Reina santos y perfectísimos, gobernados y regulados por la gracia de su inocente pureza y de su prudentísima inocencia; y con ella alabó al Muy Alto por las misericordias infinitas que en su Santa Madre había mostrado en su vida y muerte; y siempre se continuaban las querellas dulces y amorosas de tener oculto al Señor.

723. Mas no pudo saber la hija santísima todo el consuelo de su dichosa madre en tenerla presente a su muerte, porque ignoraba la hija su propia dignidad y sacramento que conocía la madre, la cual guardó

siempre este secreto, como el Altísimo se lo había mandado Pero hallándose a su cabecera la que era lumbre de sus ojos, y la había de ser de todo el universo, y expirando en sus manos, no pudo desear más en su vida mortal, para darle fin más dichoso que todos los mortales hasta ella. Murió llena no tanto de años como de merecimientos, y su alma santísima fue colocada por los ángeles en el seno de Abrahán y reconocida y venerada por todos los Patriarcas, Profetas y Justos que allí estaban. Fue esta santísima matrona en lo natural de dilatado y magnánimo corazón, de claro y alto entendimiento, fervorosa, y con esto muy sosegada y pacífica; la persona de mediana estatura, algo menor que su hija Santísima María, el rostro algo redondo, el semblante siempre igual y muy compuesto, el color blanco y colorado; y al fin fue madre de la que lo fue del mismo Dios, y en esta dignidad encierra juntas muchas perfecciones. Vivió Santa Ana cincuenta y seis años, repartidos de esta manera: de veinte y cuatro se casó con San Joaquín, veinte estuvo casada sin sucesión y en el cuarenta y cuatro parió a María Santísima, y doce que sobrevivió de la edad de esta Reina, que fueron tres que la tuvo en su compañía y nueve en el templo, hacen todos cincuenta y seis.

724. De esta grande y admirable Señora he oído que algunos autores graves afirman se casó tres veces y en cada uno de los matrimonios fue madre de una de las tres Marías, y que otros sienten lo contrario (Según esta opinión el matrimonio de Santa Ana se estructuraría de esta manera: se casó primero con San Joaquín y de este matrimonio nació María, la Madre de Dios; muerto San Joaquín se casó con Cleofás y de este matrimonio nació María Cleofás; muerto Cleofás se casó con Salomé y nace María Salomé. Samaniego cita en favor de esta sentencia, entre otros, a Estrabón, Haymon Albertense, Hugo de S. Víctor, Pedro Comestor, Ludulfo Cartujano,

San Antonio de Florencia y Pedro Sutor Cartujano, quien escribió *De triplici connubio D. Annae*, donde a su vez cita en su favor a Alberto Magno, Pedro de Tarantasia [Inocencio V] y Vincencio Belvacense --- *Notas a la MCD*, nota 35 a la primera parte). A mí me ha dado el Señor — por sola su bondad inmensa— luz grande de la vida de esta dichosa Santa y nunca se me ha mostrado que se casase más de con San Joaquín, ni que haya tenido otra hija fuera de María, Madre de Cristo; puede ser que, por no ser perteneciente ni necesario a la Historia divina que escribo, no se me haya declarado si fue o no tres veces casada Santa Ana, o que las otras Marías, que se llaman sus hermanas, fuesen primas hermanas, hijas de hermana de Santa Ana. Cuando murió su esposo San Joaquín quedó en cuarenta y ocho años de edad, y la escogió y entresacó el Altísimo del linaje de las mujeres, para que fuese madre de la que fue superior a todas las criaturas y sólo a Dios inferior, pero madre suya; y por haber tenido esta hija, y por ella ser abuela del Humanado Verbo, todas las naciones pueden llamarla bienaventurada a la felicísima Santa Ana.

Doctrina de la Reina Santísima María.

725. Hija mía, la mayor ciencia de la criatura es dejarse toda en manos de su Criador, que sabe para qué la formó y cómo la ha de gobernar. A ella sólo le pertenece vivir atenta a la obediencia y amor de su Señor; y él es fidelísimo en el cuidado de quien así le obliga y toma por su cuenta todos los negocios y sucesos para sacar de ellos victorioso y acrecentado a quien de su verdad se fía. Aflige y corrige con adversidades a los justos, consuela y vivifica (1 Sam., 2, 6) con favores, alienta con promesas y atemoriza con amenazas; auséntase para más solicitar los afectos del amor, manifiéstase para premiarlos y conservarlos y con esta variedad hace más hermosa y agradable la vida de los escogidos. Todo esto es lo que

me sucedía a mí en lo que has escrito, visitándome y preparándome su Misericordia por diversos modos de favores, de trabajos del adversario, persecuciones de criaturas, desamparo de mis padres y de todos.

726. Entre esta variedad de ejercicios no se olvidaba de mi flaqueza el Señor y con el dolor de la muerte de mi madre Santa Ana juntó el consuelo y alivio de hallarme presente a ella. ¡Oh alma, y cuántos bienes pierden las criaturas por no alcanzar esta sabiduría! Niéganse ignorantes a la Divina Providencia, que es fuerte, suave y eficaz, que mide los orbes y elementos (Is., 40, 12; Job 31, 4), cuenta los pasos, numera los pensamientos y todo lo dispone en beneficio de la criatura; y entréganse de todo punto a su misma solicitud, que es dura, ineficaz y flaca, ciega, incierta y precipitada. De este mal principio se originan y se siguen para la criatura irreparables daños, porque ella misma se priva de la Divina protección y se degradúa de la dignidad de tener a su Criador por amparo y tutor suyo. Y a más de esto, si por la sabiduría carnal y diabólica a quien se somete le sucede alcanzar alguna vez lo que con ella busca, se juzga por dichosa su infelicidad y con sensible gusto bebe el mortal veneno de la eterna muerte entre la engañosa delectación que desamparada y aborrecida de Dios consigue.

727. Conoce, pues, hija mía, este peligro, y sea toda tu solicitud en arrojarte segura en la Providencia de tu Dios y Señor, que, siendo infinito en sabiduría y poder, te ama mucho más que tú a ti misma y sabe y quiere para ti mayores bienes que tú sabes desear ni pedir. Fíate de esta bondad y de sus promesas que no admiten engaño; oye lo que dice por su profeta (Is., 3, 10): Al justo, *que bien está*, aceptando sus deseos y cuidados y encargándose de ellos para remunerarlos con largueza. Con esta segurísima confianza llegarás en la vida mortal a una participación de bienaventuranza en la

tranquilidad y paz de tu conciencia; y aunque te halles rodeada de las impetuosas olas de las tentaciones y adversidades, que te acometen los dolores de la muerte y te cercan las penalidades del infierno (Sal., 17, 5-6), espera y sufre con paciencia, que no perderás el puerto de la gracia y beneplácito del Altísimo.

CAPITULO 20

Manifiéstase el Altísimo a su dilecta María nuestra Princesa con un singular favor.

728. Sentía ya nuestra divina Princesa que se llegaba el claro día de la vista deseada del sumo bien y, como por crepúsculos y anuncios, reconocía en sus potencias la fuerza de los rayos de aquella luz Divina que ya se le acercaba. Enardecíase toda con la vecindad de la invisible llama que alumbra y no consume, y retocado su espíritu con los asomos de esta nueva claridad preguntaba a sus Ángeles y les decía: Amigos y señores, centinelas mías vigilantes y fidelísimas, decidme: ¿qué hora es de mi noche? ¿y cuándo llegará el alba de mi claro día en que verán mis ojos al Sol de Justicia que los alumbra y da vida a mis afectos y espíritu?— Respondiéronla los Santos Príncipes, y dijeron: Esposa del Altísimo, cerca está vuestra deseada verdad y luz y no tardará mucho, que ya viene.—Con esta respuesta se corrió algo la cortina que encubría la vista de las sustancias espirituales y se le manifestaron los Santos Ángeles y los vio, como solía, en su mismo ser, sin estorbo ni dependencia del cuerpo ni sentidos.

729. Y con estas esperanzas y con la vista de los espíritus divinos se alentaron algo las ansias de María Santísima por la vista de su amado. Pero aquel linaje de amor que busca al objeto nobilísimo de la voluntad sólo con él se satisface, y sin él, aunque sea con los mismos ángeles y

santos, no descansa el corazón herido de las flechas del Todopoderoso. Con todo eso alegre nuestra divina Princesa con este refrigerio, habló a los Ángeles y les dijo: Príncipes soberanos y luceros de la inaccesible luz donde mi amado habita, ¿por qué tan largo tiempo he desmerecido vuestra vista? ¿En qué os desagradé faltando a vuestro gusto? Decidme, mis señores y maestros, en qué fui negligente, para que no me desamparéis por culpa mía.—Señora y Esposa del Todopoderoso —respondieron ellos— a la voz de nuestro Criador obedecemos y por su santa voluntad nos gobernamos todos, y como a espíritus que somos suyos nos envía y ordena lo que es de su servicio; mandónos ocultar de vuestra vista cuando encubrió la suya, pero que disimulados asistiéramos cuidadosos a vuestro amparo y defensa; y así lo hemos cumplido estando en vuestra compañía, aunque encubiertos a la vista.

730. Decidme, pues, ahora —replicó María Santísima— dónde está mi dueño, mi bien, mi Hacedor; decidme si le verán mis ojos luego o si por ventura le tengo disgustado, para que esta vilísima criatura llore amargamente la causa de su pena. Ministros y embajadores del Supremo Rey, doleos de mi aflicción amorosa, y dadme señas de mi amado.—Luego, Señora —le respondieron—, veréis al que desea vuestra alma, entretenga la confianza vuestra dulce pena; no se niega nuestro Dios a quien le busca tan de veras; grande es, Señora, el amor de su bondad con quien le admite y no será escaso en satisfacer vuestros clamores.—Llamábanla los Santos Ángeles Señora, y sin recelo, así como seguros de su prudentísima humildad, como porque disimulaban este honroso título con el de Esposa del Altísimo, habiendo sido testigos del desposorio que con la Reina celebró Su Majestad. Y como su sabiduría pudo disponer que, ocultándole los ángeles sólo el título y dignidad de Madre del Verbo hasta su tiempo, en lo demás le diesen grande reverencia, así la

trataban con ella en muchas demostraciones, aunque en lo oculto la respetaban mucho más que en lo manifiesto.

731. Entre estas conferencias y coloquios amorosos aguardaba la divina Princesa la llegada de su Esposo y sumo bien, cuando los Serafines que la asistían comenzaron a prepararla con nueva iluminación de sus potencias, prenda cierta y exordio del bien que la esperaba. Pero como estos beneficios encendían más la ardiente llama de su amor, y aún no se conseguía su deseado fin, crecía siempre el movimiento de sus congojas amorosas, y con ellas, hablando con los Serafines, les dijo: Espíritus supremos que estáis más inmediatos a mi bien, espejos lucidísimos donde reverberando su retrato le solía mirar con alegría de mi alma, decidme ¿dónde está la luz que os ilumina y llena de hermosura? Decid ¿por qué tanto mi amado se detiene? Decidme ¿qué le impide, para que mis ojos no lo vean? Si es por culpa mía, enmendaré mis yerros; si es que no merezco la ejecución de mi deseo, conformaréme con su gusto; y si le tiene en mi dolor, le padeceré con alegría del corazón; pero decidme ¿cómo viviré, sin mi propia vida? ¿cómo me gobernaré sin mi luz?

732. A estas querellas dulces la respondieron los Santos Serafines: Señora, no tarda vuestro amado, cuando por vuestro bien y amor se ausenta y se detiene; pues para consolar, aflige a quien más ama, para dar más alegría, entristece y para ser hallado, se retira; y quiere que sembréis con lágrimas (Sal., 125, 5), para coger después con alegría el dulce fruto del dolor; y si el bien amado no se encubriera nunca se buscara con las ansias que resultan de su ausencia, ni renovara el alma sus afectos, ni creciera tanto la debida estimación de su tesoro.

733. Diéronla aquel lumen que dije (Cf. supra n. 626) para purificarle las potencias, no porque tuviese culpas

de que ser purificada, que no las pudo cometer, mas, aunque todos sus movimientos y operaciones en aquella ausencia del Señor habían sido meritorios y santos, con todo eso eran necesarios estos nuevos dones para sosegar el espíritu y sus potencias de los movimientos causados con los trabajos y congojas afectuosas de tener al Señor oculto; y para mudarla de aquel estado a este otro de diferentes y nuevos favores y proporcionar las potencias con el objeto y con el modo de verle, era menester renovarlas y disponerlas. Y todo esto hacían los Santos Serafines por el modo que arriba se dijo, libro II, capítulo 14; y después le dio el mismo Señor el último adorno y cualidad, para estar dispuesta con la última disposición, inmediata a la visión que la quería manifestar.

734. Este orden de elevaciones iban causando en las potencias de la divina Reina los efectos y operaciones de amor y virtudes que pretendía el mismo Señor, que es cuanto puedo explicarlas; y en medio de ellas corrió Su Majestad el velo y, después de haber estado tanto tiempo oculto, se manifestó a su esposa única y dilecta María Santísima por visión abstractiva de la Divinidad. Y aunque esta visión fue por especies y no inmediata, pero fue clarísima y altísima en su género; y con ella el Señor enjugó las continuadas lágrimas de nuestra Reina, premió sus afectos y ansias amorosas, satisfizo a su deseo y toda descansó con afluencia de delicias, reclinada en los brazos de su amado (Cant., 8, 5). Allí se renovó la juventud (Sal., 102, 5) de esta ardiente y fervorosa águila para levantar más el vuelo a la región impenetrable de la Divinidad, y, con las especies que después de la visión por admirable modo le quedaron, subía hasta donde no pudo llegar ni comprender ninguna criatura después del mismo Dios.

735. El gozo que recibió la Purísima Señora con esta

visión se debía regular así por el extremo del dolor de donde pasó como por los méritos a que sucedió. Pero yo sólo puedo decir que donde y como abundó el dolor abundó también la consolación (2 Cor., 1, 5), y que la paciencia, la humildad, la fortaleza, la constancia, los afectos y las ansias amorosas, fueron en María todo el tiempo de esta ausencia los más insignes y excelentes que hasta entonces hubo, ni después pueden caber en otra criatura. Sola esta única Señora entendió el primor de esta sabiduría y supo dar el peso al carecer de la vista del Señor y sentir su ausencia; y, sintiéndola y pesando lo que monta, supo también buscarle con paciencia y padecer con humildad, tolerar con fortaleza y santificarlo todo con su inefable amor y estimar después el beneficio y gozar de él.

736. Levantada a esta visión María Santísima, postrándose con el afecto en la presencia Divina, dijo a Su Majestad: Señor y Dios altísimo, incomprendible y sumo bien de mi alma, pues levantáis del polvo a este pobre y vil gusanillo, recibid, Señor, Vuestra misma bondad y gloria con la que os dan vuestros cortesanos en humilde agradecimiento de mi alma; y si como de criatura baja y terrena os desagradaron mis obras, reformad, Dueño mío, ahora lo que en mí os descontenta. ¡Oh bondad y sabiduría única e infinita!, purificad este corazón y renovadle, para que os sea grato, humilde y arrepentido para que no le despreciéis. Si los pequeños trabajos y muerte de mis padres no los recibí como debía y en algo me desvié de vuestro beneplácito, ordenad, Altísimo, mis potencias y obras como Señor poderoso, como Padre y como Esposo único de mi alma.

737. A esta humilde oración respondió el Altísimo: Esposa y paloma mía, el dolor de la muerte de tus padres y el sentimiento de otros trabajos es natural efecto de la condición humana y no es culpa; y por el amor con que te

conformaste en todo con la disposición de mi Divina voluntad, mereciste de nuevo mi gracia y beneplácito. Yo dispenso la verdadera luz y sus efectos con mi sabiduría, como Señor de todo, y formo sucesivamente el día y la noche, hago serenidad y doy también su tiempo a la tormenta, para que mi poder y gloria se engrandezcan, y con ellas camine el alma más segura con el lastre de su conocimiento, y con las violentas olas de la tribulación apresure más el viaje y llegue al puerto seguro de mi amistad y gracia, y más llena de merecimientos me obligue a recibirla con mayor agrado. Este es, querida mía, el orden admirable de mi sabiduría, y por esto me escondí tanto tiempo de tu vista; porque de ti quiero lo más santo y más perfecto. Sírveme, pues, hermosa mía, que soy tu Esposo y Dios de misericordias infinitas, y mi nombre es admirable en la diversidad y variedad de mis grandes obras.

738. Salió de esta visión nuestra princesa María toda renovada y deificada, llena de nueva ciencia de la Divinidad y de los ocultos sacramentos del Rey, confesándole, adorándole y alabándole con incesantes cánticos y vuelos de su pacífico y tranquilísimo espíritu; y al mismo paso eran los aumentos de la humildad y todas las demás virtudes. Su continua petición era siempre inquirir la más perfecta y agradable voluntad del Altísimo y en todo y por todo ejecutarla y cumplirla; y así pasó algunos días, hasta que sucedió lo que se dirá en el capítulo siguiente.

Doctrina de la Reina del Cielo Señora nuestra.

739. Hija mía, muchas veces te repetiré la lección de la mayor sabiduría de las almas, que consiste en alcanzar el conocimiento de la Cruz por el amor de los trabajos y la imitación en padecerlos. Y si la condición de los mortales no fuera tan grosera, debían codiciarlos sólo por el gusto

de su Dios y Señor, que en esto les ha declarado su voluntad y beneplácito; pues en el servicio fiel debe el siervo afectuoso anteponer siempre el agrado de su dueño a su misma comodidad. Pero a la torpeza de los mundanos, ni les obliga esta buena correspondencia con su Padre y Señor, ni tampoco el haberles declarado que todo su remedio está librado en seguir a Cristo por la Cruz y padecer los hijos pecadores con su padre inocente, para que el fruto de la Redención se logre en ellos, conformándose los miembros con su Cabeza.

740. Admite, pues, carísima, esta disciplina y escríbela en medio del corazón; y entiende que por hija del Altísimo, por esposa de mi Hijo Santísimo y por mi discípula, cuando no tuvieras otro interés, debías para tu adorno comprar la preciosa margarita del padecer, para ser grata a tu Señor y Esposo. Y te advierto, hija mía, que entre los regalos y favores de su mano y los trabajos de su Cruz debes anteponer y elegir el padecer y abrazarle antes que ser regalada de sus caricias; porque en elegir los favores y delicias puede tener parte el amor que a ti misma tienes; pero en admitir las tribulaciones y penas sólo puede obrar el amor de Cristo. Y si entre regalos del mismo Señor y trabajos, cualesquiera que sean sin culpa, se han de preferir las penas al gusto del mismo espíritu, ¿qué estulticia será de los hombres amar tan ciegamente los deleites sensibles y feos y aborrecer tanto todo lo que es padecer por Cristo y por la salud de su alma?

741. Tu incesante oración, hija mía, será repitiendo siempre: Aquí estoy, Señor, ¿qué queréis hacer de mí? Preparado está mi corazón, aparejado está y no turbado, ¿qué queréis, Señor, que yo haga por Vos? El sentir de estas palabras sea en ti verdadero y de todo corazón, pronunciándolas con lo íntimo y fervoroso de tu afecto más que con los labios. Tus pensamientos sean altos, tu intención muy recta, pura y noble, sólo de hacer en todo

el mayor agrado del Señor, que con medida y peso dispensa los trabajos y la gracia y sus favores. Examínate y remírate siempre con qué pensamientos, qué acciones y en qué ocasiones puedes ofender o agradar más a tu amado, para que conozcas aquello que debes en ti reformar o codiciar. Y cualquier desorden, por pequeño que sea, o lo que fuere menos puro y perfecto, cercénalo y apártalo luego, aunque parezca lícito y de algún provecho; porque todo lo que no agrada más al Señor debes juzgar por malo, o por inútil para ti; y ninguna imperfección te parezca pequeña si a Dios le desagrade. Con este cuidadoso temor y santo cuidado caminarás segura; y está cierta, carísima hija mía, que no cabe en la ponderación humana el premio tan copioso que reserva el Altísimo Señor para las almas fieles que viven con esta atención y cuidado.

CAPITULO 21

Manda el Altísimo a María Santísima que tome estado de matrimonio, y la respuesta de este mandato.

742. A los trece años y medio, estando ya en esta edad muy crecida nuestra hermosísima princesa María Purísima, tuvo otra visión abstractiva de la Divinidad por el mismo orden y forma que las otras de este género hasta ahora referidas (Cf. supra n. 229, 237, 312, 383, 389, 734); en esta visión, podemos decir sucedió lo mismo que dice la Escritura de Abrahán, cuando le mandó Dios sacrificar a su querido hijo Isaac, única prenda de todas sus esperan/as. Tentó Dios a Abrahán (Gén., 22, 1) —dice Moisés— probando y examinando su pronta obediencia para coronarla. A nuestra gran Señora podemos decir también que tentó Dios en esta visión, mandándola que tomase el estado de matrimonio. Donde también entenderemos la verdad que dice: ¡Cuan ocultos son los juicios y pensamientos del Señor (Rom., 11, 33) y cuánto se

levantan sus caminos y pensamientos sobre los nuestros! (Is., 55, 9) Distaban como el cielo de la tierra los de María Santísima de los que el Altísimo le manifestó, ordenándole que recibiese esposo para su guarda y compañía; porque toda su vida había deseado y propuesto no tenerle (Cf. supra n. 434, 589), cuanto era de su propia voluntad, repitiendo y renovando el voto de castidad que tan anticipadamente había hecho.

743. Había celebrado el Altísimo con la divina princesa María aquel solemne desposorio, que arriba se dijo (Cf. supra n. 435) —cuando fue llevada al Templo— confirmándole con la aprobación del voto de castidad que hizo, y con la gloria y presencia de todos los espíritus angélicos; habíase despedido la candidísima paloma de todo humano comercio, sin atención, sin cuidado, sin esperanza y sin amor a ninguna criatura, convertida toda y transformada en el amor casto y puro de aquel sumo bien que nunca desfallece, sabiendo que sería «más casta con amarle, más limpia con tocarle y más virgen con recibirle» (Oficio de la Festividad de Santa Inés); hallándola en esta confianza el mandato del Señor que recibiese esposo terreno y varón, sin manifestarle luego otra cosa, ¿qué novedad y admiración haría en el pecho inocentísimo de esta divina doncella, que vivía segura de tener por esposo a solo el mismo Dios que se lo mandaba? Mayor fue esta prueba que la de Abrahán, pues no amaba él tanto a Isaac cuanto María Santísima amaba la inviolable castidad.

744. Pero a tan impensado mandato suspendió la Prudentísima Virgen su juicio y sólo le tuvo en esperar y creer, mejor que Abrahán, en la esperanza contra la esperanza (Rom., 4, 18), y respondió al Señor y dijo: Eterno Dios de majestad incomprensible. Criador del cielo y tierra y todo lo que en ellos se contiene; vos, Señor, que ponderáis los vientos (Job 28, 25) y con

vuestro imperio al mar le ponéis términos (Sal., 103, 9) y a vuestra voluntad todo lo criado está sujeto (Est., 13, 9), podéis hacer de este gusanillo vil a vuestro beneplácito, sin que yo falte a lo que os tengo prometido; y si no me desvío, mi bien y mi Señor, de vuestro gusto, de nuevo confirmo y ratifico que quiero ser casta en lo que tuviere vida y a vos quiero por dueño y por Esposo; y pues a mí sólo me toca y pertenece como criatura vuestra obedeceros, mirad, Esposo mío, que por la Vuestra corre sacar a mi flaqueza humana de este empeño en que Vuestro santo amor me pone.—Turbóse algún poco la castísima doncella María, según la parte inferior, como sucedió después con la embajada del Arcángel San Gabriel (Lc., 1, 29); pero aunque sintió alguna tristeza, no le impidió la más heroica obediencia que hasta entonces había tenido, con que se resignó toda en las manos del Señor. Su Majestad la respondió: María, no se turbe tu corazón, que tu rendimiento me es agradable y mi brazo poderoso no está sujeto a leyes; por mi cuenta correrá lo que a ti más conviene.

745. Con sola esta promesa del Altísimo volvió María Santísima de la visión a su ordinario estado; y entre la suspensión y la esperanza que la dejaron el divino mandato y promesa, quedó siempre cuidadosa, obligándola el Señor por este medio a que multiplicase con lágrimas nuevos afectos de amor y de confianza, de fe, de humildad, de obediencia, de castidad purísima y de otras virtudes, que sería imposible referirlas. En el ínterin que nuestra gran Princesa se ocupaba cuidadosa con esta oración, ansias y congojas rendidas y prudentes, habló Dios en sueños al Sumo Sacerdote, que era el Santo Simeón, y le mandó que dispusiese cómo dar estado de casada a María hija de Joaquín y Ana de Nazaret; porque Su Majestad la miraba con especial cuidado y amor. El Santo Sacerdote respondió a Dios, preguntándole su voluntad en la persona con quien la

doncella María tomaría estado dándosela por esposa. Ordenóle el Señor que juntase a los otros sacerdotes y letrados y les propusiese cómo aquella doncella era sola y huérfana y no tenía voluntad de casarse, pero que, según la costumbre de no salir del Templo las primogénitas sin tomar estado, era conveniente hacerlo con quien más a propósito les pareciese.

746. Obedeció el Sacerdote Simeón a la ordenación Divina; y, habiendo congregado a los demás, les dio noticia de la voluntad del Altísimo y les propuso el agrado que Su Majestad tenía de aquella doncella María de Nazaret, según se le había revelado; y que hallándose en el templo, y faltándole sus padres, era obligación de todos ellos cuidar de su remedio y buscarle esposo digno de mujer tan honesta, virtuosa, y de costumbres tan irreprehensibles, como todos habían conocido de ella en el Templo; y a más de esto la persona, la hacienda, la calidad y las demás partes eran muy señaladas, para que se reparase mucho a quien se había de entregar todo. Añadió también que María de Nazaret no deseaba tomar estado de matrimonio, pero que no era justo saliese del Templo sin él, porque era huérfana y primogénita.

747. Conferido este negocio en la junta de los sacerdotes y letrados y movidos todos con impulso y luz del cielo, determinaron que en cosa donde se deseaba tanto el acierto, y el mismo Señor había declarado su beneplácito, convenía inquirir su santa voluntad en lo restante y pedirle señalase por algún modo la persona que más a propósito fuese para esposo de María, y que fuese de la casa y linaje de David, para que se cumpliese con la ley. Determinaron para esto un día señalado, en que todos los varones libres y solteros de este linaje que estaban en Jerusalén se juntasen en el Templo; y vino a ser aquel día el mismo en que la Princesa del cielo cumplía catorce años de su edad. Y como era necesario

darle a ella noticia de este acuerdo y pedirle su consentimiento, el Sacerdote Simeón la llamó y le propuso el intento que tenían él y los demás Sacerdotes de darle esposo antes que saliese del templo.

748. La prudentísima Virgen, lleno el rostro de virginal pudor, respondió al Sacerdote con gran modestia y humildad, y le dijo: Yo, señor mío, cuanto es de mi voluntad he deseado toda mi vida guardar castidad perpetua, dedicándome a Dios en el servicio de este Santo Templo, en retorno de los bienes grandes que en él he recibido, y jamás tuve intento, ni me incliné al estado del matrimonio, juzgándome por inhábil para los cuidados que trae consigo. Esta es mi inclinación, pero vos, señor, que estáis en lugar de Dios, me enseñaréis lo que fuere de su santa voluntad.—Hija mía —replicó el sacerdote—, vuestros deseos santos recibirá el Señor, pero advertid que ninguna de las doncellas de Israel se abstiene ahora del matrimonio, mientras aguardamos conforme a las Divinas Profecías la venida del Mesías, y por esto se juzga por feliz y bendita la que tiene sucesión de hijos en nuestro pueblo. En el estado del matrimonio podéis servir a Dios con muchas veras y perfección; y para que tengáis en él quien os acompañe y a vuestros intentos se conforme, haremos oración, pidiendo al Señor, como os he dicho, señale de su mano esposo que sea más conforme a su Divina voluntad, entre los del linaje de [Santo Rey] David; y vos pedid lo mismo con oración continua, para que el Altísimo os mire y nos encamine a todos.

749. Esto sucedió nueve días antes del que estaba señalado para la última resolución y ejecución del acuerdo. Y en este tiempo la Santísima Virgen multiplicó sus peticiones al Señor con incesantes lágrimas y suspiros, pidiendo el cumplimiento de su Divina voluntad, en lo que tanto según sus cuidados le importaba. Un día

de estos nueve se le apareció el Señor, y la dijo: Esposa y paloma mía, dilata tu afligido corazón y no se turbe ni contriste; yo estoy atento a tus deseos y ruegos y lo gobierno todo y por mi luz va regido el sacerdote; yo te daré esposo de mi mano, que no impida tus santos deseos, pero que con mi gracia te ayude en ellos; yo te buscaré varón perfecto conforme a mi corazón y le elegiré entre mis siervos; mi poder es infinito, y no te faltará mi protección y amparo.

750. Respondió María Santísima, y dijo al Señor: Sumo Bien y amor de mi alma, bien sabéis el secreto de mi pecho y los deseos que en él habéis depositado desde el instante que de vos recibí todo el ser que tengo; conservadme, pues, Esposo mío, casta y pura, como por vos mismo y para vos lo he deseado. No despreciéis mis suspiros, ni me apartéis de vuestro Divino rostro. Atended, Señor y Dueño mío, que soy un gusanillo vil y flaco y despreciable por mi bajeza; y si en el estado del matrimonio desfallezco, faltará a vos y a mis deseos; determinad mi seguro acierto y no os desobliguéis de que no lo he merecido; aunque soy polvo inútil, clamaré a los pies de vuestra grandeza, esperando, Señor, vuestras misericordias infinitas.

751. Acudía también la castísima doncella a sus Ángeles Santos, a quienes excedía en la santidad y pureza, y confería con ellos muchas veces el cuidado de su corazón sobre el nuevo estado que esperaba. Dijéronla un día los santos espíritus: Esposa del Altísimo, pues no podéis ignorar ni olvidar este título, ni menos el amor que os tiene, y que es todopoderoso y verdadero, sosegad, Señora, vuestro corazón; pues faltarán primero los cielos y la tierra que falte la verdad y cumplimiento de sus promesas (Mt., 24, 35). Por cuenta de vuestro Esposo corren vuestros sucesos; y su brazo poderoso, que impera sobre los elementos y criaturas, puede suspender la

fuerza de las impetuosas olas e impedir la vehemencia de sus operaciones, para que ni el fuego quemase, ni la tierra sea grave. Sus altos juicios son ocultos y santos, sus decretos rectísimos y admirables, y no pueden las criaturas comprenderlos; pero deben reverenciarlos. Si quiere su grandeza que le sirváis en el matrimonio, mejor será para vos obligarle con él que disgustarle en otro estado; Su Majestad sin duda hará con vos lo mejor y más perfecto y santo; estad segura de sus promesas.—Con esta exhortación angélica sosegó nuestra Princesa algo de sus cuidados y de nuevo les pidió la asistiesen y guardasen y representasen al Señor su rendimiento, aguardando lo que de ella ordenase su Divino beneplácito.

Doctrina que me dio la Princesa del Cielo.

752. Hija mía carísima, altísimos y venerables son los juicios del Señor y no deben investigarlos las criaturas, pues no pueden penetrarlos. Mandóme Su Alteza tomar estado de casada y encubrióme entonces el sacramento, pero convenía así que le tomase para que mi parto se honestase al mundo, reputando al Verbo Humanado en mis entrañas por hijo de mi esposo, porque ignoraba entonces el misterio. Fue también oportuno medio para ocultarle de Lucifer y sus demonios, que estaban muy feroces contra mí, procurando ejecutar su indignado furor conmigo. Y cuando me vio tomar el común estado de las mujeres casadas, se deslumbró creyendo no fuera compatible tener esposo varón y ser Madre del mismo Dios; y con esto sosegó un poco y dio treguas a su malicia. Otros fines tuvo el Altísimo en mi estado que han sido manifiestos, aunque entonces a mí se me ocultaron, porque así convenía.

753. Y quiero que entiendas, hija mía, que fue para mí el mayor dolor y aflicción que hasta aquel día había

padecido, saber que había de tener por esposo a ninguno de los hombres, no declarándome el Señor entonces el misterio; y si en esta pena no me confortara su virtud Divina y me dejara alguna confianza, aunque oscura y sin determinación, con el dolor hubiera perdido la vida. Pero de este suceso quedarás enseñada, cuál ha de ser el rendimiento de la criatura a la voluntad del Altísimo y cómo ha de cautivar su corto entendimiento, sin escudriñar los secretos de la majestad tan levantados y ocultos. Y cuando a la criatura se le representa alguna dificultad o peligro en lo que el Señor dispone o manda, sepa confiar en él y crea que no la pone en ellos para dejarla, mas para sacarla victoriosa y con triunfo, si de su parte coopera con el auxilio del mismo Señor; y cuando quiere el alma escudriñar los juicios de su sabiduría y satisfacerse primero que obedezca y crea, sepa que defrauda la gloria y grandeza de su Criador y pierde juntamente el propio merecimiento.

754. Yo reconocía que el Altísimo es superior a todas las criaturas y que no ha menester nuestro discurso y sólo quiere el rendimiento de la voluntad, pues la criatura no le puede dar consejo, sino obediencia y alabanza. Y aunque, por no saber lo que me mandaría y ordenaría en el estado del matrimonio, me afligía mucho por el amor de la castidad, pero este dolor y pena no me hicieron curiosa en escudriñar, antes sirvieron para que mi obediencia fuese más excelente y agradable en sus ojos. Con este ejemplo debes tú regular el rendimiento que has de tener a todo lo que entendieres del gusto de tu Esposo y Señor, dejándote en su protección y en la firmeza de sus promesas infalibles; y en lo que tuvieres aprobación de sus Sacerdotes y tus Prelados, déjate gobernar sin resistir a sus mandatos, ni a las Divinas inspiraciones.

CAPITULO 22

Celébrase el desposorio de María Santísima con el Santo y Castísimo José.

755. Llegó el día señalado, en que dijimos cumplía nuestra princesa María los catorce años de su edad, capítulo precedente, y en él se juntaron los varones descendientes del tribu de Judá y linaje de [Santo Rey] David, de quien descendía la soberana Señora, que a la sazón estaban en la ciudad de Jerusalén. Entre los demás fue llamado José, natural de Nazaret y morador de la misma ciudad santa, porque era uno de los del linaje real de David. Era entonces de edad de treinta y tres años, de persona bien dispuesta y agradable rostro, pero de incomparable modestia y gravedad; y sobre todo era castísimo de obras y pensamientos, con inclinaciones santísimas, y que desde doce años de edad tenía hecho voto de castidad; era deudo de la Virgen María en tercer grado; y de vida purísima, santa e irreprehensible en los ojos de Dios y de los hombres.

756. Congregados todos estos varones libres en el Templo, hicieron oración al Señor junto con los Sacerdotes, para que todos fuesen gobernados por su divino Espíritu en lo que debían hacer. El Altísimo habló al corazón del Sumo Sacerdote, inspirándole que a cada uno de los jóvenes allí congregados pusiese una vara seca en las manos y todos pidiesen con fe viva a Su Majestad declarase por aquel medio a quién había elegido para esposo de María. Y como el buen olor de su virtud y honestidad y la fama de su hermosura, hacienda y calidad y ser primogénita y sola en su casa era manifiesto a todos, cada cual codiciaba la dichosa suerte de merecerla por esposa. Sólo el humilde y rectísimo José entre los congregados se reputaba por indigno de tanto bien; y acordándose del voto de castidad que tenía hecho y proponiendo de nuevo su perpetua observancia, se

resignó en la Divina voluntad, dejándose a lo que de él quisiera disponer, pero con mayor veneración y aprecio que otro alguno de la honestísima doncella María.

757. Estando todos los congregados en esta oración se vio florecer la vara sola que tenía José y al mismo tiempo bajar de arriba una paloma candidísima, llena de admirable resplandor, que se puso sobre la cabeza del mismo Santo; juntamente habló Dios a su interior, y le dijo: José, siervo mío, tu esposa será María, admítela con atención y reverencia, porque en mis ojos es acepta, justa y purísima en alma y cuerpo y tú harás todo lo que ella te dijere.—Con la declaración y señal del cielo los sacerdotes dieron a San José por esposo elegido del mismo Dios para la doncella María. Y llamándola para el desposorio, salió la escogida como el sol, más hermosa que la luna (Cant., 6, 9), y pareció en presencia de todos con un semblante más que de Ángel de incomparable hermosura, honestidad y gracia; y los Sacerdotes la desposaron con el más casto y santo de los varones, José.

758. La divina Princesa, más pura que las estrellas del firmamento, con semblante lloroso y grave, y como reina de majestad humildísima, juntando todas estas perfecciones, se despidió de los Sacerdotes, pidiéndoles la bendición, y a la Maestra también, y a las doncellas perdón, y a todos dando gracias por los beneficios recibidos de sus manos en el Templo. Todo esto hizo en parte con el semblante humildísimo y parte con muy breves y prudentísimas razones; porque en todas ocasiones hablaba pocas y de gran peso. Despidióse del Templo, no sin grave dolor de dejarle contra inclinación y deseo; y acompañándola algunos ministros de los que servían al Templo en las cosas temporales, y eran legos y de los más principales, con su mismo esposo José caminaron a Nazaret, patria natural de los dos felicísimos desposados. Y aunque San José había nacido en aquel

lugar, disponiéndolo el Altísimo por medio de algunos sucesos de fortuna, había ido a vivir algún tiempo a Jerusalén, para que allí la mejorase tan dichosamente como llegando a ser esposo de la que había elegido el mismo Dios para Madre suya.

759. Llegando a su lugar de Nazaret, donde la Princesa del Cielo tenía la hacienda y casas de sus dichosos padres, fueron recibidos y visitados de todos los amigos y parientes con el regocijo y aplauso que en tales ocasiones se acostumbra. Y habiendo cumplido con la natural obligación y urbanidad santamente, satisfaciendo a estas deudas temporales de la conversación y comercio de los hombres, quedaron libres y desocupados los dos Santos Esposos José y María en su casa. La costumbre había introducido entre los hebreos que en algunos primeros días del matrimonio hiciesen los esposos examen y experiencia de las costumbres y condición de cada uno, para ajustarse mejor recíprocamente el uno con la del otro.

760. En estos días habló el Santo José a su esposa María, y la dijo: Esposa y Señora mía, yo doy gracias al Altísimo Dios por la merced de haberme señalado sin méritos por vuestro esposó, cuando me juzgaba indigno de vuestra compañía; pero Su Majestad, que puede cuando quiere levantar al pobre, hizo esta misericordia conmigo, y deseo me ayudéis, como lo espero de vuestra discreción y virtud, a dar el retorno que le debo, sirviéndole con rectitud de corazón; para esto me tendréis por vuestro siervo, y, con el verdadero afecto que os estimo, os pido queráis suplir lo mucho que me falta de hacienda y otras partes que para ser esposo vuestro convenían; decidme, Señora, cuál es vuestra voluntad, para que yo la cumpla.

761. Oyó estas razones la divina esposa con humilde

corazón y apacible severidad en el semblante, y respondió al Santo: Señor mío, yo estoy gozosa de que el Altísimo, para ponerme en este estado, se dignase de señalaros para mi esposo y dueño y que el serviros fuese con el testimonio de su voluntad Divina; pero si me dais licencia diré los intentos y pensamientos que para esto os deseo manifestar.—Prevenía el Altísimo con su gracia el sencillo y recto corazón de San José y por medio de las razones de María Santísima le inflamó de nuevo en el divino amor, y respondiéndola diciendo: Hablad, Señora, que vuestro siervo oye.—Asistían en esta ocasión a la Señora del mundo los mil Ángeles de su guarda en forma visible, como ella se lo había pedido. La causa de esta petición fue porque el Altísimo, para que la Purísima Virgen en todo obrase con mayor gracia y mérito, dio lugar a que sintiese el respeto y cuidado con que había de hablar a su esposo y la dejó en el natural encogimiento y temor que siempre había tenido de hablar con hombre a solas, que nunca hasta aquel día lo había hecho, sino es si acaso sucedía con el Sumo Sacerdote.

762. Los Santos Ángeles obedecieron a su Reina, y manifiestos a sólo su vista la asistieron; y con esta compañía habló a su esposo san José, y díjole: Señor y esposo mío, justo es que demos alabanza y gloria con toda reverencia a nuestro Dios y Criador, que en bondad es infinito y en sus juicios incomprendible y con nosotros pobres ha manifestado su grandeza y misericordia, escogiéndonos para su servicio. Yo me reconozco entre todas las criaturas por más obligada y deudora a Su Alteza que otra alguna y que todas juntas; porque mereciendo menos, he recibido de su mano liberalísima más que ellas. En mi tierna edad, compelida de la fuerza de esta verdad que con desengaño de todo lo visible me comunicó la Divina luz, me consagré a Dios con perpetuo voto de ser casta en alma y cuerpo; suya soy y le reconozco por Esposo y Dueño, con voluntad inmutable de

guardarle la fe de la castidad. Para cumplir esto, quiero, señor mío, que me ayudéis, que en lo demás yo seré vuestra fiel sierva para cuidar de vuestra vida, cuanto durare la mía. Admitid, esposo mío, esta santa determinación y confirmadla con la vuestra, para que ofreciéndonos en sacrificio aceptable a nuestro Dios eterno, nos reciba en olor de suavidad, y alcancemos los bienes eternos que esperamos.

763. El castísimo esposo José, lleno de interior júbilo con las razones de su divina esposa, la respondió: Señora mía, declarándome vuestros pensamientos castos y propósitos, habéis penetrado y desplegado mi corazón, que no os manifesté antes de saber el vuestro. Yo también me reconozco más obligado entre los hombres al Señor de todo lo criado, porque muy temprano me llamó con su verdadera luz para que le amase con rectitud de corazón; y quiero, Señora, que entendáis cómo de doce años hice también promesa de servir al Altísimo en castidad perpetua; y ahora vuelvo a ratificar el mismo voto, para no impedir el vuestro, antes en la presencia de Su Alteza os prometo de ayudaros, cuanto en mí fuere, para que en toda pureza le sirváis y améis según vuestro deseo. Yo seré con la Divina gracia vuestro fidelísimo siervo y compañero; yo os suplico recibáis mi casto afecto y me tengáis por vuestro hermano, sin admitir jamás otro peregrino amor, fuera del que debéis a Dios y después a mí.—En esta plática confirmó el Altísimo de nuevo en el corazón de San José la virtud de la castidad y el amor santo y puro que había de tener a su esposa Santísima María, y así le tuvo el Santo en grado eminentísimo; y la misma Señora con su prudentísima conversación se le aumentaba dulcemente, llevándole el corazón.

764. Con la virtud Divina que el brazo poderoso obraba en los dos santísimos y castísimos esposos sintieron incomparable júbilo y consolación; y la divina Princesa

ofreció a San José corresponderle a su deseo, como la que era Señora de las virtudes y sin contradicción obraba en todas lo más alto y excelente de ellas. Diole también el Altísimo a San José nueva pureza y dominio sobre la naturaleza y sus pasiones, para que sin rebelión ni fomes, pero con admirable y nueva gracia, sirviese a su esposa María, y en ella a la voluntad y beneplácito del mismo Señor. Luego distribuyeron la hacienda heredada de San Joaquín y Santa Ana, padres de la santísima Señora; y una parte ofreció al Templo donde había estado, otra se aplicó a los pobres y la tercera quedó a cuenta del Santo esposo José para que la gobernase. Sólo reservó nuestra Reina para sí el cuidado de servirle y trabajar dentro de casa; porque del comercio de fuera y manejo de hacienda, comprando ni vendiendo, se eximió siempre la Virgen Prudentísima, como dije (Cf. supra n. 555, 556) en otra parte.

765. En sus primeros años había deprendido san José el oficio de carpintero por más honesto y acomodado para adquirir el sustento de la vida; porque era pobre de fortuna, como arriba dije; y preguntóle a la Santísima Esposa si gustaría que ejercitase aquel oficio para servirla y granjear algo para los pobres; pues era forzoso trabajar y no vivir ocioso. Aprobólo la Virgen Prudentísima, advirtiéndole a San José que el Señor no los quería ricos, sino pobres y amadores de los pobres y para su amparo en lo que su caudal se extendiese. Luego tuvieron los dos Santos Esposos una santa contienda sobre cuál de los dos había de dar la obediencia al otro como superior. Pero la que entre los humildes era humilísima, venció en humildad María Santísima y no consintió que siendo el varón la cabeza se pervirtiese el orden de la misma naturaleza; y quiso en todo obedecer a su esposo José, pidiéndole consentimiento sólo para dar limosna a los pobres del Señor; y el santo le dio licencia para hacerlo.

766. Reconociendo el Santo José en estos días con nueva luz del cielo las condiciones de su esposa María, su rara prudencia, humildad, pureza y todas las virtudes sobre su pensamiento y ponderación, quedó admirado de nuevo y con gran júbilo de su espíritu no cesaba con ardientes afectos de alabar al Señor y darle nuevas gracias por haberle dado tal compañía y esposa sobre sus merecimientos. Y para que esta obra fuese del todo perfectísima —porque era principio de la mayor que Dios había de obrar con toda su omnipotencia— hizo que la Princesa del cielo infundiese con su presencia y vista en el corazón de su mismo esposo un temor y reverencia tan grande, que con ningún linaje de palabras se puede explicar. Y esto le resultaba a San José de una refulgencia o rayos de divina luz que despedía de su rostro nuestra Reina, junto con una majestad inefable que siempre la acompañaba, con tanto mayor causa que a Moisés cuando bajó del monte (Ex., 34, 29) cuanto había sido más largo y más íntimo el trato y conversación con Dios.

767. Luego tuvo María Santísima una visión Divina del Señor, en que la habló Su Majestad y la dijo: Esposa mía dilectísima y escogida, atiende cómo soy fiel en mis palabras con los que me aman y temen; corresponde, pues, ahora a mi fidelidad, guardando las leyes de esposa mía en santidad, pureza y toda perfección; para esto te ayudará la compañía de mi siervo José que te he dado; obedécele como debes y atiende a su consuelo, que así es mi voluntad.—Respondió María Santísima: Altísimo Señor, yo os alabo y magnifico por vuestro admirable consejo y providencia conmigo, indigna y pobre criatura; mi deseo es obedeceros y daros gusto como vuestra sierva, más obligada que ninguna otra criatura. Dadme, Señor mío, vuestro favor Divino, para que en todo me asista y me gobierne con mayor agrado

vuestro; y para que también atienda a las obligaciones del estado en que me ponéis, para que como esclava vuestra no salga de vuestros órdenes y beneplácito. Dadme vuestra licencia y bendición, que con ella acertaré a obedecer y servir a vuestro siervo José, como vos, mi Dueño y mi Hacedor, me lo mandáis.

768. Con estos divinos apoyos se fundó la casa y matrimonio de María Santísima y de San José; y desde 8 de septiembre, que se hizo el desposorio, hasta 25 de marzo siguiente, que sucedió la Encarnación del Verbo Divino, como diré en la segunda parte (Cf. infra p.II n. 138), vivieron los dos esposos, disponiéndolos el Altísimo respectivamente para la obra que los había elegido; y la divina Señora ordenó las cosas de su persona y las de su casa, como diré en los capítulos siguientes.

769. Pero no puedo antes contener mi afecto en gratificar la buena dicha del más feliz de los nacidos, San José. ¿De dónde, oh varón de Dios, os vino tanta felicidad y dicha, que entre los hijos de Adán sólo de vos se dijese que el mismo Dios era vuestro, y tan sólo vuestro que se tuviese y reputase por vuestro único hijo? El Eterno Padre os da su Hija, y el Hijo os da su verdadera y real Madre, el Espíritu Santo os entrega y fía su Esposa y da sus veces, y toda la Beatísima Trinidad a su electa, única y escogida como el sol, os la concede y entrega por vuestra legítima mujer. ¿Conocéis, santo mío, vuestra dignidad? ¿Sabéis vuestra excelencia? ¿Entendéis que vuestra esposa es Reina y Señora del cielo y tierra, y vos depositario de los tesoros inestimables del mismo Dios? Atended, varón divino, a vuestro empeño, y sabed que si no tenéis envidiosos a los Ángeles y Serafines los tenéis admirados y suspensos de vuestra suerte y el sacramento que contiene vuestro matrimonio. Recibid la enhorabuena de tanta felicidad en nombre de todo el linaje humano. Archivo sois del registro de las Divinas misericordias,

dueño y esposo de la que sólo el mismo Dios es mayor que ella; rico y próspero os hallaréis entre los hombres y entre los mismos Ángeles. Acordaos de nuestra pobreza y miseria, y de mí el más vil gusano de la tierra, que deseo ser vuestra fiel devota y beneficiada y favorecida de vuestra poderosa intercesión.

Doctrina de la Reina del cielo.

770. Hija mía, con el ejemplo de mi vida en el estado del matrimonio en que el Altísimo me puso, hallarás reprendida la disculpa que alegan, para no ser perfectas, las almas que le tienen en el mundo. Para Dios nada es imposible, y tampoco lo es para quien con viva fe espera en él y se remite en todo a su Divina disposición. Yo vivía en casa de mi esposo con la misma perfección que en el templo; porque no mudé con el estado el afecto, ni el deseo y cuidado de amarle y de servirle, antes lo aumenté para que nada me impidiese de las obligaciones de esposa; y por eso me asistió más el favor Divino y me disponía y acomodaba su maño poderosa todas las cosas conforme a mi deseo. Esto mismo haría el Señor con todas las criaturas si de su parte correspondiesen, pero culpan al estado del matrimonio engañándose a sí mismas; porque el impedimento para no ser perfectas y santas no es el estado, sino los cuidados y solicitud vana y superflua a que se entregan, olvidando el gusto del Señor y buscando y anteponiendo el suyo propio.

771. Y si en el mundo no hay excusa para no seguir la perfección de la virtud, menos se admitirá en la religión por los oficios y ocupaciones que ella tiene. Nunca te imagines impedida por el que tienes de Prelada; pues habiéndote puesto Dios en él por mano de la obediencia, no debes desconfiar de su asistencia y amparo, que ese mismo día tomó por cuenta suya el darte fuerzas y auxi-

lios para que atendieses a la obligación de Prelada y a la particular de la perfección con que debes amar a tu Dios y Señor. Oblígale con el sacrificio de tu voluntad, humillándote con paciencia a todo lo que su Divina providencia ordena, que, si no le impidieres, yo te aseguro de su protección y que por la experiencia conocerás siempre el poder de su brazo en gobernarte y encaminar todas tus acciones perfectamente.

CAPITULO 23

Explícase parte del capítulo 31 de las Parábolas de Salomón, a donde me remitió el Señor para manifestar el orden de vida que María Santísima dispuso en el matrimonio.

772. Hallándose la Princesa del Cielo María en el impensado y nuevo estado de su matrimonio, levantó luego su mente purísima al Padre de las lumbres, para entender cómo se gobernaría con mayor agrado suyo entre las nuevas obligaciones de su estado. Para dar yo alguna noticia de lo que Su Alteza pensó tan santamente, me remitió el mismo Señor a las condiciones de la mujer fuerte, que por esta Señora dejó escritas Salomón en el último capítulo de sus Parábolas; y discurriendo por él, diré lo que pudiere de lo que me ha dado a entender. Comienza, pues, el capítulo, y dice la letra: *¿Quién hallará una mujer fuerte? Su precio viene de lejos y de los últimos fines (Prov., 31, 10)*. Esta pregunta es admirativa, entendiéndola de nuestra grande y fuerte mujer María; y de otra cualquiera en su comparación será negativa, pues en todo el resto de la humana naturaleza y ley común no se puede hallar otra mujer fuerte como la Princesa del Cielo. Todas las demás fueron y serán flacas y débiles, sin exceptuar alguna que no sea tributaria del demonio en la culpa. ¿Quién hallará, pues, otra mujer fuerte? No los reyes, ni monarcas, ni los príncipes

poderosos de la tierra, ni los Ángeles del Cielo, ni el mismo poder Divino hallará otra, porque no la criará como María Santísima; ella es la única y sola sin ejemplo y sola sin semejante y la que sola en la dignidad midió el brazo del Omnipotente; no le pudo dar más que a su mismo Hijo Eterno y de su misma sustancia, igual, inmenso, increado e infinito.

773. Consiguiente era que el precio de esta mujer fuerte viniera de lejos, pues en la tierra y entre las criaturas no le había. Precio se llama aquel valor en que una cosa se compra o se estima, y entonces se sabe cuánto vale, cuando se aprecia y se valorea. El precio de esta mujer fuerte María fue valoreado en el consejo de la Beatísima Trinidad, cuando antes de todas las otras puras criaturas la rescató o compró el mismo Dios para sí, como recibéndola de la misma humana naturaleza por algún retorno, que esto es comprar en rigor. El retorno y precio que dio por María fue el mismo Verbo Eterno Humanado, y se dio por satisfecho el Padre Eterno —a nuestro modo de entender— con María; pues en hallando esta mujer fuerte en su mente Divina, la estimó y apreció tanto, que determinó dar a su mismo Hijo, para que fuese justa y dignamente Hijo de María Santísima y sólo por ella tomara carne humana y la eligiera para Madre. Con este precio dio el Altísimo todos sus atributos, sabiduría, bondad, omnipotencia, justicia y los demás, y todos los méritos de su Hijo Humanado para adquirirla y apropiarla a sí mismo, quitándola a la naturaleza anticipadamente, para que si toda se perdiese, como se perdió en Adán, sola María con su Hijo quedase reservada, como apreciada tan de lejos que no alcanzó toda la naturaleza criada al decreto de su estimación y aprecio; así vino de lejos.

774. Este lejos son también los fines de la tierra; porque Dios es el último fin y principio de todo lo criado, de

donde todo sale y a donde todo vuelve, como los ríos al mar (Ecl., 1 , 7). También el cielo empíreo es el fin corporal y material de todo lo demás corpóreo; y singularmente se llama asiento de la divinidad (Is., 66, 1). Pero en otra consideración se llaman fines de la tierra los términos naturales de la vida y el fin de las virtudes, en que se le pone la última línea a donde se ordena la vida y ser que tienen los hombres, que todos son criados para el conocimiento y amor del Criador, como fin inmediato del vivir y obrar. Todo esto comprende el venir de los últimos fines el precio de María Santísima; porque su gracia, dones y merecimientos vinieron y comenzaron de los últimos fines de los demás Santos, vírgenes, confesores, mártires, apóstoles y patriarcas; no llegaron todos en los fines de sus vidas y santidad a donde María comenzó la suya. Y si también Cristo Hijo suyo y Señor nuestro se llama fin de las obras del Altísimo, con igual verdad se dice que el precio de María Santísima fue de los últimos fines; pues toda su pureza, inocencia y santidad vino de su Hijo Santísimo, como de causa ejemplar y dechado y de principal autor de sola ella.

775. *Confía en ella el corazón de su varón y no se hallará pobre de despojos (Prov., 31, 11).* Ciertamente es que el divino José se llamó varón de esta mujer fuerte, pues la tuvo por legítima esposa; y también es cierto que confió en ella su corazón, esperando que por su incomparable virtud le habían de venir todos los bienes verdaderos. Pero singularmente confió en ella, hallándola preñada, cuando ignoraba el misterio; porque entonces creyó y confió en la esperanza contra la esperanza (Rom., 4, 18) de los indicios que conocía, sin tener otra satisfacción de aquella verdad notoria más de la misma santidad de tal esposa y mujer. Y aunque se determinó a dejarla (Mt., 1, 19), porque veía el efecto a los ojos y no sabía la causa, pero nunca se atrevió a desconfiar de su honestidad y

recato, ni a despedirse del amor santo y puro que le tenía preso el corazón rectísimo de tal esposa. Y no se halló frustrado en cosa alguna, ni pobre de despojos; porque si son despojos lo que sobra a lo necesario, todo fue superabundante para este varón, cuando conoció quién era su esposa y lo que en ella tenía.

776. Otro varón tuvo esta divina Señora que confió en ella, de quien principalmente habló Salomón; y este varón suyo fue su mismo Hijo, verdadero Dios y hombre, que fió de esta mujer fuerte hasta su propio ser y su honra para con todas las criaturas. En esta confianza que hizo de María se encierra toda la grandeza de entrambos; porque ni Dios pudo confiarle más, ni ella pudo corresponder le mejor, para que no se hallase frustrado ni pobre de despojos. ¡Oh estupenda maravilla del poder y sabiduría infinita, que confiase Dios de una pura criatura y mujer tomar carne humana en su vientre y de su misma sustancia! ¡Lamarla Madre con inmutable verdad, y ella a él Hijo, criarle a sus pechos y a su obediencia, hacerla coadjutora del rescate del mundo y su reparación, depositaria de la Divinidad y dispensera de sus tesoros infinitos y merecimientos de su Hijo Santísimo, de su vida, de sus milagros, predicación, muerte, y todos los demás sacramentos! Todo lo confió de María Santísima. Pero extiéndase más la admiración sabiendo que en esta confianza no se halló frustrado; porque una mujer pura criatura supo y pudo satisfacer adecuadamente a todo cuanto le fiaron, sin que faltase o sin que pudiese obrar en todo con mayor fe, esperanza, amor, prudencia, humildad y plenitud de toda santidad. No se halló su varón pobre de despojos, sino rico, próspero y abundante de alabanza y gloria; y así añade:

777. *Dártele retribución del bien, y no del mal, todos los días de su vida (Prov., 31, 12).* En este retorno entendía el que a María Santísima dio su varón propio, Cristo su Hijo

verdadero —que de su parte de ella ya queda declarado—; y si remunera el Altísimo a todos las menores obras hechas por su amor con retribución superabundante y excesiva, no sólo de gloria pero también de gracia en esta vida, ¿cuál sería el retorno de bienes y tesoros que la Divinidad le daría, con que remuneró las obras de su misma Madre? Solo el mismo que lo hizo, lo conoce. Pero en el comercio y correspondencia que guarda la equidad del Señor, remunerando con un beneficio y auxilio más grande a quien se aprovecha bien del menor, se entenderá algo de lo que en toda la vida de nuestra Reina sucedía entre ella y el poder Divino. Comenzó del primer instante, recibiendo más gracia que los supremos Ángeles con la preservación del pecado original, correspondió a este beneficio adecuadamente, creció en gracia y obró con ella en proporción; y así fueron los pasos de toda su vida sin tibieza, negligencia ni tardanza. Pues ¿qué mucho que sólo su Hijo Santísimo fuese más que ella y todo lo restante de las criaturas quedasen inferiores casi infinitamente?

778. *Buscó lino y lana y trabajó con el consejo de sus manos (Ib. 13).* Legítima alabanza y digna de la mujer fuerte: que sea oficiosa y hacendosa de sus puertas adentro, hilando lino y lana para el abrigo y socorro de su familia en lo que necesita de estas cosas y de otras que con este medio se pueden adquirir. Este es consejo sano, que se ejecuta con las manos trabajadoras y no ociosas; que la ociosidad de la mujer, viviendo mano sobre mano, es argumento de su torpe estulticia y de otros vicios que no sin vergüenza se pueden referir. En esta virtud exterior, que de parte de una mujer casada es el fundamento del gobierno doméstico, fue María Santísima mujer fuerte y digno ejemplar de todas las mujeres; porque jamás estuvo ociosa, y de hecho trabajaba lino y lana para su esposo y para su Hijo y muchos pobres que de su trabajo socorría. Pero como jun-

taba en sumo grado de perfección las acciones de Marta con las de María, era más laboriosa con el consejo de las obras interiores que con las exteriores y, conservando las especies de las visiones Divinas y la lección de las Sagradas Escrituras, jamás estuvo ociosa en su interior sin trabajar y acrecentar los dones y virtudes del alma; y por esto dice el texto:

779. *Fue como nave del mercader, que trae su pan de lejos (Ib. 14).* Como este mundo visible se llama mar inquieto y proceloso, es consiguiente que se llamen naves los que le viven y surcan sus inconstantes olas. Trabajan todos en esta navegación para traer su pan, que es el sustento y alimento de la vida debajo el nombre de pan; y aquel le trae de más lejos que más lejos estaba de tener lo que adquiere con su trabajo; y aquel que más trabaja, granjea mucho más y lo trae de lejos con su mayor sudor. Es un género de contrato entre Dios y el hombre: que trabaje y sude el que es siervo negociando la tierra y cultivándola y que el Señor de todo le acuda por medio de las causas segundas con quien concurre, para que dándole pan al hombre le sustenten y paguen el sudor de su cara. Y lo mismo que sucede en este contrato en lo temporal, pasa también en lo espiritual, donde no come quien no trabaja (2 Tes., 3, 10).

780. Entre todos los hijos de Adán, María Santísima fue la nave rica y próspera del mercader que trajo su pan y nuestro pan de lejos. Nadie fue tan discretamente diligente y laboriosa en el gobierno de su familia; nadie tan prevenida en lo que con Divina prudencia entendía ser necesario para su pobre familia y para el socorro de los pobres; y todo lo mereció y granjeó con su Fe y solicitud prudentísima, con que lo trajo de lejos; porque estaba muy lejos de nuestra viciosa naturaleza humana y aun de su hacienda. Lo mucho que en esto hizo, adquirió, mereció y distribuyó a los pobres, es imposible poderlo

ponderar. Pero más fuerte y admirable fue en traernos el pan espiritual y vivo que bajó del cielo; pues le trajo, no sólo del seno del Padre, de donde no saliera si no hubiera esta mujer fuerte, pero ni llegara al mundo, de cuyos merecimientos estaba lejos, si no fuera en la nave de María. Y aunque no pudo, siendo criatura, merecer que Dios viniese al mundo, pero mereció que acelerase el paso y que viniese en la nave rica de su vientre: porque no pudiera haber en otra que fuera menor en merecimientos; Ella sola hizo que este pan Divino se viese y se comunicase y alimentase a los que le tenían lejos.

781. *De noche se levantó y proveyó lo necesario a sus domésticos y el mantenimiento a sus criados (Prov., 31, 15).* No es menos loable esta condición de la mujer fuerte, privarse del reposo y descanso delicioso de la noche para gobernar su familia, distribuyendo a sus domésticos, esposo, hijos y allegados, y luego a sus criados, las ocupaciones legítimas a cada uno con todo lo necesario para ellas. Esta fortaleza y prudencia no conocen la noche para entregarse ni absorberse en el sueño y olvido de las propias obligaciones, porque el alivio del trabajo no se toma por fin del apetito, sino por medio de la necesidad. Fue nuestra Reina en esta prudencia económica admirable; y aunque no tuvo criados ni criadas en su familia, porque la emulación de la obediencia y humildad servil en los oficios domésticos no le consintió que fiase de nadie estas virtudes, pero en el cuidado de su Hijo Santísimo y de su esposo San José era vigilantísima sierva, y jamás hubo en ella descuido, ni olvido, ni tardanza o inadvertencia en lo que había de prevenir y proveer para ellos, como en todo este discurso diré adelante.

782. Pero ¿qué lengua puede explicar la vigilancia de esta mujer fuerte? Levantóse y estuvo en pie en la noche oculta de su secreto corazón y en el oculto entonces

misterio de su matrimonio esperó atenta qué se le mandaba, para ejecutarlo humilde y obediente. Previno a sus domésticos y siervos, las potencias interiores y sentidos exteriores, de todo el alimento necesario y distribuyóles a cada cual su legítimo sustento, para que en el trabajo del día, acudiendo al servicio de fuera, no se hallase el espíritu necesitado y desproveído. Mandó a las potencias del alma con inviolable precepto que su alimento fuese la luz de la Divinidad, su ocupación incesante la abrasada meditación y contemplación de día y de noche en la Divina Ley, sin que jamás se interrumpiese por alguna extraña obra y ocupación de su estado. Este era el gobierno y alimento de los domésticos del alma.

783. A los siervos, que son los sentidos exteriores, distribuyó también sus legítimas ocupaciones y sustento; y usando de la jurisdicción que tenía sobre estas potencias, las mandó que como siervas del espíritu le sirviesen y, aunque vivían en el mundo, ignorasen su vanidad y viviesen muertas para ella, sin vivir más de para lo necesario a la naturaleza y a la gracia; que no se alimentasen tanto del deleite de lo sensible, cuanto del que la parte superior del alma les comunicase y dispensase de su influencia superabundante. Puso término y límites a todas las operaciones, para que todas sin faltar ninguna quedasen reducidas a la esfera del Divino amor, sirviéndole y obedeciéndole todas sin resistencia, sin réplica ni tardanza. Levantóse de noche y gobernó también a sus domésticos. —

784. Otra noche hubo en que también se levantó esta mujer fuerte y otros domésticos a quien proveyese. Levantóse en la noche de la antigua ley oscura con las sombras de la futura luz; salió al mundo en la declinación de esta noche y con su inefable providencia a todos sus domésticos y siervos, los de su pueblo y de lo restante de

la humana naturaleza, a los Santos Padres y justos domésticos suyos, a los pecadores, siervos y cautivos, a todos dio y distribuyó el alimento de la gracia y de la eterna vida. Y dieseles con tanta verdad y propiedad, que se les dio hecho alimento de su misma sustancia y de su misma sangre, que recibió en su tálamo virginal.

CAPITULO 24

Prosigue el mismo asunto con la explicación de lo restante del capítulo 31 de las Parábolas (Prov., 31, 16).

785. Ninguna condición de mujer fuerte pudo faltar a nuestra Reina, porque lo fue de las virtudes y fuente de la gracia. *Consideró* —prosigue él texto— *el campo y le compró, del fruto de sus manos plantó una viña* (Prov., 31, 16). El campo de la más levantada perfección, donde se cría lo fértil y fragante de las virtudes, éste fue el que consideró nuestra mujer fuerte María Santísima y, considerándole y ponderándole a la claridad de la Divina luz, conoció el tesoro que encerraba. Y para comprar este campo vendió todo lo terreno de que era verdaderamente Reina y Señora, posponiéndolo todo a la posesión del campo que compró, con negarse al uso de lo que podía tener. Sola esta Señora pudo venderlo todo, porque de todo lo era, para comprar el espacioso campo de la santidad; sola ella lo consideró y conoció adecuadamente y se apropió a sí misma, después de Dios, el campo de la Divinidad y sus atributos infinitos, de que los demás santos recibieron alguna parte. *Del fruto de sus manos plantó la viña.* Plantó la Iglesia Santa, no sólo dándonos a su Hijo Santísimo para que la formase y fabricase, pero siendo ella coadjutora suya, y después de su ascensión quedando por Maestra de la Iglesia, como diré en la tercera parte de esta Historia. Plantó la viña del paraíso celestial, que aquella singular fiera de Lucifer había disipado y devastado (Prov., 31, 16); porque se

pobló de nuevas plantas por la solicitud y fruto de María Purísima. Plantó la viña de su espacioso y magnánimo corazón con los renuevos de las virtudes, con la vid fértilísima, Cristo, que destiló en el lagar de la cruz el vino suavísimo del amor con que son embriagados sus carísimos y alimentados los amigos (Cant., 5, 1).

786. *Ciñó su cuerpo de fortaleza y corroboró su brazo* (Prov., 31, 17). La mayor fortaleza de los que se llaman fuertes consiste en el brazo, con que se hacen las obras arduas y dificultosas; y cono la mayor dificultad de la criatura terrena sea el ceñirse en sus pasiones e inclinaciones ajustándolas a la razón, por eso juntó el Texto Sagrado el ceñirse la mujer fuerte y corroborar su brazo. No tuvo nuestra Reina pasiones ni movimientos desordenados que ceñir en su inocentísima persona; mas no por eso dejó de ser más fuerte en ceñirse que todos los hijos de Adán, a quienes desconcertó el fomes del pecado. Mayor virtud fue y más fuerte el amor que hizo obras de mortificación y penalidad cuando y donde no eran menester, que si por necesidad se hicieran. Ninguno de los enfermos de la culpa y obligados a su satisfacción puso tanta fuerza en mortificar sus desordenadas pasiones, como nuestra princesa María en gobernar y santificar más todas sus potencias y sentidos. Castigaba su castísimo y virgíneo cuerpo con penitencias incesantes, vigiliias, ayunos, postraciones en cruz, como adelante diremos (Cf. infra p.II n. 12, 232, 442, 658, 898, 990, 991; p. III n. 581) ; y siempre negaba a sus sentidos el descanso y lo deleitable, no porque se desconcertaran, mas por obrar lo más santo y acepto al Señor, sin tibieza, remisión o negligencia; porque todas sus obras fueron con toda la eficacia y fuerza de la gracia.

787. *Gustó y conoció cuán buena era su negociación; no será extinguida su luz en la noche* (Prov., 31, 18). Es tan

benigno y fiel con sus criaturas el Señor que, cuando nos manda ceñir con la mortificación y penitencia, porque el Reino de los Cielos padece violencia y se ha de ganar por fuerza (Mt., 11, 12), pero a esa misma violencia de nuestras inclinaciones tiene vinculado en esta vida un gusto y consolación que llena todo nuestro corazón de alegría. En este gozo se conoce cuán buena es la negociación del sumo bien por medio de la mortificación con que ceñimos las inclinaciones a otros gustos terrenos; porque de contado recibimos el gozo de la verdad cristiana y en él una prenda del que esperamos en la eterna vida; y el que más negocia más le gusta y más granjea para ella y más estima la negociación.

788. Esta verdad, que con experiencia conocemos nosotros sujetos a pecados, ¿cómo la conocería y gustaría nuestra mujer fuerte María Santísima? Y si en nosotros, donde la noche de la culpa es tan prolija y repetida, se puede conservar la Divina luz de la gracia por medio de la penitencia y mortificación de las pasiones, ¿cómo ardería esta luz en el corazón de esta purísima criatura? No la oprimía el sinsabor de la pesada y corrupta naturaleza, no la desazonaba la contradicción del fomes, no la turbaba el remordimiento de la mala conciencia, no el temor de las culpas experimentadas y sobre todo esto era su luz sobre todo humano y angélico pensamiento; muy bien conocería y gustaría de esta negociación, sin extinguirse en la noche de sus trabajos y peligros de la vida la lucerna del Cordero que la iluminaba (Ap., 21, 23).

789. *Extendió su mano a cosas fuertes, y sus dedos apretaron el huso (Prov., 31, 19).* La mujer fuerte, que con el trato y trabajo de sus manos acrecienta sus virtudes y bienes de su familia y se ciñe de fortaleza contra sus pasiones, gusta y conoce la negociación de la virtud, ésta bien puede extender y alargar el brazo a cosas grandes. Hízolo María Santísima sin embarazo de su estado y de

sus obligaciones, porque levantándose sobre sí misma y todo lo terreno extendió sus deseos y obras a lo más grande y fuerte del amor Divino y conocimiento de Dios sobre toda naturaleza humana y angélica. Y como desde su desposorio se iba acercando a la dignidad y oficio de madre, iba también extendiendo su corazón y alargando el brazo de sus obras santas, hasta llegar a cooperar en la obra más ardua y más fuerte de la omnipotencia Divina, que fue la Encarnación del Verbo. De todo esto diré más en la segunda parte (Cf., infla p. II n. 1-106), declarando la preparación que tuvo nuestra Reina para este Gran Misterio. Y porque la determinación y propósitos de cosas grandes, si no llegan a la ejecución, serían apariencias y sin efecto, por esto dice que apretaron el huso los dedos de esta mujer fuerte, y es decir que ejecutó nuestra Reina todo lo grande, arduo y dificultoso, como lo entendió y lo propuso en su rectísima intención. En todo fue verdadera y no ruidosa y aparente, como lo fuera la mujer que estuviera con la rueca en la cinta, pero ociosa y sin apretar el huso; y así añade:

790. *Alargó su mano al necesitado y desplegó sus palmas al pobre (Prov., 31, 20).* Fortaleza grande es de la mujer prudente y casera ser liberal con los pobres y no rendirse con flaqueza de ánimo y desconfianza al temor cobarde de que por esto le faltará para su familia; pues el medio más poderoso para multiplicar todos los bienes ha de ser repartir liberalmente los de fortuna con los pobres de Cristo, que aun en esta vida presente sabe dar ciento por uno (Mc., 10, 30). Distribuyó María santísima con los pobres y con el Templo la hacienda que de sus padres heredó, como ya dije arriba, capítulo 22 de este libro (Cf. supra n. 764); y a más de esto, trabajaba de sus manos para ayudar a esta misericordia, porque si no les diera su propio sudor y trabajo no satisfacía a su piadoso y liberal amor de los pobres. No es maravilla que la avaricia del mundo sienta hoy la falta y pobreza que

padece en los bienes temporales, pues tan pobres están los hombres de piedad y misericordia con los necesitados, sirviendo a la inmoderada vanidad lo que hizo Dios y lo crió para sustento de los pobres y para remedio de los ricos.

791. No sólo desplegó sus manos propias al pobre nuestra piadosa Reina y Señora, pero también desplegó las palmas del brazo poderoso del omnipotente Dios, que parece las tenía cerradas deteniendo al Verbo Divino, porque no le merecían, o porque le desmerecían los mortales. Esta mujer fuerte le dio manos, y manos extendidas y abiertas para los pobres cautivos y afligidos en la miseria de la culpa; y porque esta necesidad y pobreza siendo general de todos era de cada uno, los llama la Escritura pobre en singular; pues todo el linaje humano era un pobre y no podía más que si fuera sólo uno. Estas manos de Cristo Señor nuestro, extendidas para trabajar nuestra redención y abiertas para derramar los tesoros de sus merecimientos y dones, fueron manos propias de María Santísima, porque eran de su Hijo y porque sin ella no las conociera abiertas el pobre linaje humano, y por otros muchos títulos.

792. *No temerá para su casa el frío de las nieves, porque todos sus domésticos tienen doblados los vestidos (Prov., 31, 21).* Perdido el sol de justicia y el calor de la gracia y justicia original, quedó nuestra naturaleza debajo de la nieve helada de la culpa, que encoge, impide y entorpece para el bien obrar. De aquí nace la dificultad en la virtud, la tibieza en las acciones, la inadvertencia y negligencia, la inestabilidad y otros defectos innumerables, y hallarnos después del pecado helados en el amor Divino, sin abrigo ni amparo para las tentaciones. De todos estos impedimentos y daños estuvo libre nuestra divina Reina en su casa y en su alma, porque todos sus domésticos, potencias interiores y exteriores, estuvieron

defendidos del frío de la culpa con dobladas vestiduras. La una fue de la original justicia y virtudes infusas, la otra de las adquiridas por sí misma desde el primer instante que comenzó a obrar. También fueron vestiduras dobladas la gracia común que tuvo como persona particular y la que la dio el Altísimo especialísima para la dignidad de Madre del Verbo. En el gobierno de su casa no me detengo sobre esta providencia; porque en las demás mujeres puede ser loable como necesario este cuidado, pero en casa de la Reina del Cielo y tierra, María Santísima, no fue menester doblar las vestiduras para su Hijo Santísimo, que sola una tenía; ni tampoco para sí ni para su esposo San José, donde la pobreza era el mayor adorno y abrigo.

793. *Hizo para sí una vestidura muy tejida y se adornó de púrpura y holanda (Ib. 22).* Esta metáfora también declara el adorno espiritual de esta mujer fuerte; y éste fue una vestidura tejida con fortaleza y variedad para cubrirse toda y defenderse de las inclemencias y rigores de las lluvias, que para esto se tejen los paños fuertes o los fieltros y otros semejantes. La vestidura talar de las virtudes y dones de María fue impenetrable del rigor de las tentaciones y avenidas de aquel río que derramó contra ella el Dragón grande y rojo, o sanguinolento, que vio San Juan en el Apocalipsis (Ap., 12, 15); y a más de la fortaleza de este vestido, era grande su hermosura y variedad de sus virtudes, entretejidas y no postizas, porque estaban como entrañadas y sustanciadas en su misma naturaleza, desde que fue formada en gracia y en justicia original. Allí estaban la púrpura de la Caridad, lo blanco de la Castidad y Pureza, lo celeste de la Esperanza, con toda la variedad de dones y virtudes, que vistiéndola juntamente la adornaban y hermozeaban. También fue adorno de María aquel color blanco y colorado (Cant., 5, 10) que por la humanidad y divinidad entendió la esposa, dándolos por señas de su esposo;

porque dándole ella al Verbo lo colorado de su humanidad santísima, le dio Él en retorno la Divinidad, no sólo uniéndolas en su virginal vientre, pero dejando en su Madre unos visos y rayos de Divinidad más que en todas las criaturas juntas.

794. *Será noble su varón en las puertas, cuando se asentare con los senadores de la tierra (Prov., 31, 23).* En las puertas de la eterna vida se hace el juicio particular de cada uno, y después se hará el general que esperamos, como en las puertas de la ciudad lo hacían las antiguas repúblicas. En el juicio universal tendrá lugar entre los nobles del reino de Dios San José, el uno de los varones de María Santísima; porque tendrá silla entre los Apóstoles para juzgar al mundo y gozará este privilegio por esposo de la mujer fuerte, que es Reina de todos, y por padre putativo que fue del supremo Juez. El otro varón de esta Señora, que es su Hijo Santísimo, como antes dije (Cf. supra n. 776), es tenido y reconocido por supremo Señor y Juez verdadero en el juicio que hace y en el que hará de los ángeles y todos los hombres. Y de esta excelencia se le da parte a María Santísima, porque le dio ella la carne humana con que redimió al mundo y la sangre que derramó en precio y rescate de los hombres; y todo se conocerá cuando con grande potestad venga al juicio universal, sin quedar alguno que entonces no lo conozca y confiese.

795. *Hizo una sábana y la vendió, y entregó un cíngulo al cananeo (Prov., 31, 24).* En esta solicitud laboriosa de la mujer fuerte se contienen dos grandezas en nuestra Reina: la una, que hizo la sábana tan pura, espaciosa y grande, que pudo caber en ella, aunque estrechándose y encogiéndose, el Verbo Eterno; y vendióla no a otro sino al mismo Señor, que le dio en retorno a su mismo Hijo, porque no se hallara en todo lo criado precio digno para comprar esta sábana de la pureza y santidad de María,

ni quien dignamente pudiera ser Hijo suyo, fuera del mismo Hijo de Dios. Entregó también, no vendido pero graciosamente, el cingulo al cananeo, hijo de Canaán, maldito de su padre (Gén., 9, 25), porque todos los que participaron de la primera maldición, y quedaron desceñidos y sueltas las pasiones y desordenados apetitos, se pudieron ceñir de nuevo con el cingulo que María Santísima les entregó en su Hijo Primogénito y Unigénito, y en su Ley de Gracia, para renovarse, reformarse y ceñirse. No tendrán excusa los prescitos y condenados, ángeles y hombres, pues todos tuvieron con qué se contener y ceñir en sus desordenados afectos, como lo hacen los predestinados, valiéndose de esta gracia, que por María Santísima tuvieron de gracia y sin pedirles precio para merecerla o comprarla.

796. *La fortaleza y hermosura le sirven de vestido, y se reirá en el último día (Prov., 31, 25).* Otro nuevo adorno y vestidura de la mujer fuerte son la fortaleza y hermosura; la fortaleza la hace invencible en el padecer y en obrar contra las potestades infernales, la hermosura le dio gracia exterior y decoro admirable en todas las acciones. Con estas dos excelencias y condiciones era nuestra Reina amable a los ojos de Dios, de los ángeles y del mundo; no sólo no tenía culpa ni defecto que se le reprendiese, pero tenía esta doblada gracia y hermosura que tanto le agradó y ponderó el Esposo, repitiendo que era muy hermosa y muy agraciada toda ella (Cant., 4, 1-7). Y donde no se pudo hallar defecto reprehensible, tampoco había causa para llorar el día último, cuando ninguno de los mortales, fuera de esta Señora y de su Hijo Santísimo, todos estarán y parecerán con alguna culpa que tuvieron de que dolerse, y los condenados llorarán entonces el no haberlas llorado antes dignamente. En aquel día estará alegre y risueña esta fuerte mujer con el agradecimiento de su incomparable felicidad y de que se ejecute la Divina justicia en los

protervos y rebeldes a su Hijo Santísimo.

797. *Abrió su boca para la sabiduría y en su lengua estuvo la ley de la clemencia (Prov., 31, 26).* Gran excelencia es de la mujer fuerte no abrir su boca para otra cosa que no sea para enseñar el temor santo del Señor y ejecutar alguna obra de clemencia. Esto cumplió con suma perfección nuestra Reina y Señora; abrió su boca como maestra de la divina sabiduría, cuando dijo al santo arcángel: *Fiat mihi secundum verbum tuum (Lc., 1, 38)*; y siempre que hablaba era como Virgen Prudentísima y llena de ciencia del Altísimo para enseñarla a todos y para interceder por los miserables hijos de Eva. Estaba y está siempre en su lengua la ley de la clemencia, como en piadosa Madre de Misericordia; porque sola su intercesión y palabra es la ley inviolable de donde depende nuestro remedio en todas las necesidades, si sabemos obligarla a que abra su boca y mueva su lengua para pedirlo.

798. *Consideró las sendas de su casa y no comió el pan estando ociosa (Prov., 31, 27).* No es pequeña alabanza de la madre de familia considerar también atentamente todos los caminos más seguros para aumentarla en muchos bienes; pero en esta divina prudencia sola María fue la que dio forma a los mortales, porque sólo ella supo considerar e investigar todos los caminos de la justicia y las sendas y atajos por donde con mayor seguridad y brevedad llegaría a la Divinidad. Alcanzó esta ciencia tan altamente que dejó atrás a todos los mortales y a los mismos Querubines y Serafines. Conoció y consideró el bien y el mal, lo profundo y oculto de la santidad, la condición de la humana flaqueza, la astucia de los enemigos, el peligro del mundo y todo lo terreno; y como todo lo conoció, obró lo que conocía sin comer ociosa el pan y sin recibir en vano el alma (Sal., 23, 4) ni la Divina gracia; y mereció lo que se sigue.

799. *Levantáronse y predicáronla sus hijos por beatísima y su varón se levantó para alabarla (Prov., 31, 28).* Grandes cosas y gloriosas han dicho en la Militante Iglesia los hijos verdaderos de esta mujer fuerte, predicándola por beatísima entre las mujeres; y los que no se levantan y no la predicán, no se tengan por sus hijos, ni por doctos, ni sabios, ni devotos. Pero aunque todos han hablado inspirados y movidos por su varón y esposo Cristo y el Espíritu Santo, con todo eso hasta ahora parece que se ha callado y no se ha levantado para predicarla respecto de los muchos y altos sacramentos que ha tenido ocultos de su Madre Santísima. Y son tantos, que se me ha dado a entender los reserva el Señor para manifestarlos en la Iglesia triunfante después del juicio universal; porque no es conveniente manifestarlos todos ahora al mundo indigno y no capaz de tantas maravillas. Allí hablará Cristo, varón de María, manifestando para gloria de los dos y gozo de los Santos las prerrogativas y excelencias de esta Señora, y allí las conoceremos; basta ahora que con veneración las creamos debajo del velo de la fe y esperanza de tantos bienes.

800. *Muchas hijas congregaron las riquezas, pero tú excediste a todas ellas (Ib. 29).* Todas las almas que llegaron a conseguir la gracia del Altísimo se llaman hijas suyas, y todos los merecimientos, dones y virtudes que con ella pudieron granjear, y de hecho los granjearon, son riquezas verdaderas; que todo lo demás terreno tiene injustamente usurpado el nombre de riqueza. Muy grande será el nombre de los predestinados; el que numera las estrellas por sus nombres (Sal., 146, 4), los conoce. Pero sola María congregó más que todas juntas estas criaturas, hijas del Altísimo y suyas, y sola ella se aventajará, como la excelencia de ser ella, no sólo Madre suya y ellas hijas

en gracia y gloria, pero como Madre del mismo Dios; porque según esta dignidad excede a toda la excelencia de los mayores Santos, así la gracia y gloria de esta Reina se adelantará a toda la que tienen y tendrán todos los predestinados. Y porque, en comparación de estas riquezas y dones de la gracia interior y gloria que le corresponde, es vana la exterior y aparente en las mujeres que tanto la aprecian, añade y dice:

801. *Engañosa es la gracia y vana la hermosura; la mujer que teme a Dios, aquella será alabada; denle a ésta del fruto de sus manos y alaben sus obras en las puertas (Prov., 31, 30-31).* El mundo reputa falsamente por gracia muchas cosas visibles que no lo son, y no tienen más de gracia y hermosura de lo que les da el engaño de los ignorantes, como son: la apariencia de las buenas obras en la virtud, el agrado en las palabras dulces o elocuentes, el donaire en hablar y moverse; y también llaman gracia a la benevolencia de los mayores y del pueblo. Todo esto es engaño y falacia, como la hermosura de la mujer que en breve se desvanece. La que teme a Dios y enseña a temerle, ésta merece dignamente la alabanza de los hombres y del mismo Señor. Y porque él mismo quiere alabarla, dice que le den del fruto de sus manos, y remite su alabanza a sus grandes obras puestas en público a vista de todos, para que ellas mismas sean lenguas en su alabanza; porque importa muy poco que alaben los hombres a la mujer a quien sus mismas obras la vituperan. Para esto quiere el Altísimo que las obras de su Madre Santísima se manifiesten en las puertas de su Iglesia Santa, en cuanto ahora es posible y conveniente, como arriba dije (Cf. supra n. 798), reservando la mayor alabanza y gloria para que después permanezca por todos los siglos de los siglos. Amén.

Doctrina de la Reina del cielo.

802. Hija mía, grande enseñanza tienes para tu gobierno en este capítulo; y aunque no todo lo que contiene has escrito, pero así lo que has declarado como lo que dejas oculto, quiero todo lo escribas en lo íntimo de tu corazón y con inviolable ley lo ejecutes en ti misma. Para esto es necesario estar retirada dentro de tu interior, olvidado todo lo visible y terreno, y atentísima a la divina luz que te asiste y defiende todas tus potencias con vestiduras dobladas, para que no sientas la frialdad y tibieza en la perfección y también resistas a los movimientos desmandados de las pasiones. Cíñelas y mortifícalas con el apretador del temor Divino y, alejada de lo aparente y engañoso, levanta tu mente a considerar y entender los caminos de tu interior y las sendas que Dios te ha enseñado para buscarle en tu secreto y hallarle sin peligro del engaño. Y habiendo gustado de la negociación del Cielo, no consientas por tu descuido que se extinga en tu mente la Divina luz que te enciende y alumbraba en las tinieblas. No comas el pan estando ociosa, pero trabaja sin dar treguas al cuidado, y comerás el fruto de tus diligencias; y esforzada en el Señor harás obras dignas de su beneplácito y agrado y correrás tras el olor de sus ungüentos hasta llegar a poseerle eternamente. Amén.

SEGUNDA PARTE

 **CONTIENE LOS MISTERIOS DESDE
ENCARNACIÓN DEL VERBO DIVINO EN SU
VIRGINAL VIENTRE HASTA LA ASCENSIÓN A LOS
CIELOS.**

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA PARTE

DE LA DIVINA HISTORIA Y VIDA SANTÍSIMA DE MARÍA MADRE DE DIOS

1. Al tiempo de presentar ante el Divino acatamiento el pequeño servicio y trabajo de haber escrito la primera parte de la Vida Santísima de María Madre del mismo Dios, para poner a la enmienda y registro de la Divina luz lo que con ella misma había copiado, pero con mi cortedad; por lo que quise para consuelo mío saber de nuevo si lo escrito era del beneplácito del Altísimo y si me mandaba continuar o suspender esta obra tan superior a mi insuficiencia; a esta proposición me respondió el Señor: Bien has escrito y ha sido de nuestro beneplácito, pero queremos entiendas que, para manifestar los misterios y altísimos sacramentos que encierra lo restante de la vida de nuestra única y dilecta Esposa, Madre de nuestro Unigénito, necesitas de nueva y mayor disposición. Queremos que mueras del todo a lo imperfecto y visible y vivas según el espíritu, que renuncies todas las operaciones de criatura terrena y sus costumbres y que sean de ángel, con mayor pureza y conformidad a lo que has de entender y escribir.

2. En esta respuesta del Altísimo entendí que se me intimaba y se me pedía tan nuevo modo de obrar las virtudes y tan alta perfección de vida y costumbres, que, como confiada de mí, quedé turbada y temerosa de emprender negocio tan arduo y difícil para una criatura terrena. Sentí grandes contiendas en mí misma, entre la carne y el espíritu. Éste me llamaba con fuerza interior, compeliéndome a procurar la gran disposición que se me pedía, administrándome razones del grande agrado del Señor y conveniencias mías. Y por el contrario la ley del pecado, que sentía en mis miembros, me contradecía (gal., 5, 17; Rom., 7, 23), repugnaba a la Divina luz y me desconfiaba, temiendo yo misma mi inconstancia. Sentía en este conflicto una fuerte remora que me

detenía, una cobardía que me aterraba; y con esta turbación se me hacía más creíble el concepto de que yo no era idónea para tratar cosas tan altas, y más siendo ellas tan ajenas de la condición y profesión de mujeres.

3. Vencida del temor y dificultad, determiné no proseguir esta obra y poner todos los medios posibles para conseguirlo. Conoció el común enemigo mi temor y cobardía y, como su crueldad pésima se enfurece más contra los más flacos y desvalidos, valiéndose de la ocasión me acometió con increíble saña, pareciéndole me hallaba desamparada de quien me librase de sus manos; y para disfrazar su malicia procuraba transformarse en ángel de luz, fingiéndose muy celoso de mi alma y de mi acierto, y debajo de este falso pretexto me arrojaba porfiadamente continuas sugerencias y pensamientos, ponderándome el peligro de mi condenación, amenazándome con otro castigo semejante al del primer ángel (Is., 14, 10-13), porque me representaba había yo querido comprender con soberbia lo que era sobre mis fuerzas y contra el mismo Dios.

4. Proponíame muchas almas que, profesando virtud, habían sido engañadas por alguna oculta presunción y por dar lugar a las fabulaciones de la serpiente, y que escudriñar yo los secretos de la Majestad divina (Prov., 25, 27) no podía ser sin soberbia muy presuntuosa, en que yo estaba metida. Encarecíame mucho que los tiempos presentes eran mal afortunados para estas materias, y lo confirmaba con algunos sucesos de personas conocidas en quien se halló dolo y engaño, con el terror que otras han cobrado para emprender la vida espiritual, con el descrédito que ocasionaría cualquiera cosa malsonante en mí, el efecto que causaría en los que tienen poca piedad; que todo esto conocería yo por experiencia y para mi daño, si proseguía en escribir esta materia. Y siendo verdad, como lo es, que

toda la contradicción que padece la vida espiritual, y el ser la virtud en lo místico menos recibida en el mundo, es obra de este mortal enemigo que, para extinguir la devoción y piedad cristiana en muchos, procura engañar algunos y sembrar su zizaña en la semilla pura (Mt., 13, 25) del Señor, para ofuscarla y torcer el sentido verdadero, con que se dificulte más apartar las tinieblas de la luz; y no me admiro, porque éste es oficio del mismo Dios y de quien participa de la verdadera sabiduría y no se gobierna sólo por la terrena.

5. No es fácil en la vida mortal discernir entre la prudencia verdadera y falsa, porque tal vez aun la buena intención y celo equivoca el juicio humano, si falta el acuerdo y luz de lo alto. Yo he tenido ocasión para conocer esto en lo que voy tratando; porque algunas personas conocidas y devotas, otras que por su piedad me amaban y deseaban mi bien, otras con desprecio y menos afecto, todas a un tiempo me procuraron divertir de esta ocupación, y aun del camino por donde iba, como si fuera elección propia; y no me turbó poco el enemigo por medio de estas personas, porque el temor de alguna confusión o descrédito que podía resultar a los que conmigo ejercitaban su piedad, a la religión y a mis propincuos, y singularmente al convento que vivo, les daba cuidado y a mí aflicción. Llevábame mucho la seguridad que se me representaba siguiendo el camino ordinario de las demás religiosas. Confieso se ajustaba más a mi dictamen o mi natural inclinación y deseo y mucho más a mi encogimiento y grandes temores.

6. Fluctuando mi corazón entre estas olas impetuosas, procuré llegar al puerto de la obediencia, que me aseguraba en el mar amargo de mi confusión. Y porque mi tribulación fuese mayor, sucedió que en esta ocasión se trataba en la religión de ocupar en oficios superiores a mi Padre Espiritual y Prelado, que muchos años había

gobernado mi espíritu y tenía comprendido mi interior y persecuciones y me había ordenado escribiese todo lo que estaba tratado y con su dirección me prometía acierto, quietud y consuelo. No se consiguió este intento, pero ausentóse en esta ocasión por muchos días (El P. Franciscano Andrés de la Torre fue tres veces Ministro Provincial y dirigió a la Venerable de 1627-1647. El P. Andrés de Fuenmayor, también provincial, la dirigió desde 1650 a 1665). Y de todo se valía el Dragón grande para derramar contra mi el furioso río (Ap., 12 15) de sus tentaciones, y así en esta ocasión como en otras trabajó con suma malicia por desviarme de la obediencia y doctrina de mi superior y maestro, aunque fue en vano.

7. A todas las contradicciones y tentaciones que digo, y otras muchas que no puedo referir, añadió el demonio quitarme la salud del cuerpo, causándome muchos achaques, destemplanzas y desconcertándome toda. Movióme una invencible tristeza, turbóme la cabeza y parece me quería oscurecer el entendimiento e impedir el discurso y debilitar la voluntad y trasegarme toda en alma y cuerpo. Y sucedió así, porque en medio de esta confusión vine a cometer algunas faltas y culpas, para mí harto graves, y aunque no fueron tanto de malicia como de fragilidad humana, pero valióse de ellas la serpiente para destruirme más que de ningún otro medio; porque habiéndome turbado el corriente de las buenas operaciones para que cayese, soltó después su furor, desembarazándome para que con mayor ponderación conociese las faltas cometidas. Ayudóme a esto con sugerencias impías y muy sagaces, queriendo persuadirme que todo cuanto por mí había pasado en el camino que llevo era falso y mentiroso.

8. Como tenía esta tentación tan aparente color, así por mis faltas cometidas como por mis continuos sobresaltos y temores, resistíala menos que a otras, y

fue singular misericordia del Señor no desfallecer del todo en la esperanza y en la fe del remedio. Pero hálleme tan poseída de la confusión y sumergida en tinieblas, que puedo decir me rodearon los gemidos de la muerte y me ciñeron los dolores del infierno (Sal., 17, 5-6), llevándome hasta reconocer el último peligro; determiné quemar los papeles en que tenía escrita la primera parte de esta divina Historia para no proseguir la segunda. Y a esta determinación el ángel de Satanás que me la administraba añadió también el proponerme que me retirase de todo, que no tratase de camino ni vida espiritual, ni atendiese al interior, ni lo comunicase con nadie, y con esto podía hacer penitencia de mis pecados y aplacar al Señor y desenojarle, que lo estaba conmigo. Y para asegurar más su iniquidad disimulada me propuso hiciera voto de no escribir, por el peligro de ser engañada y engañar, pero que me enmendase la vida y cercenase imperfecciones y abrazase la penitencia.

9. Con esta máscara de aparente virtud pretendía el Dragón acreditar sus dañados consejos y cubrirse con piel de oveja el que era sangriento y carnicero lobo. Perseveró algún tiempo en esta porfía, y singularmente estuve quince días en una tenebrosa noche sin sosiego ni consuelo alguno Divino ni humano: sin éste, porque me faltaba el consejo y alivio de la obediencia, y sin aquél, porque había suspendido el Señor el influjo de sus favores, las inteligencias y continua luz interior. Y sobre todo esto me apretaba la falta de salud, y en ella la persuasión de que se allegaba la muerte y el peligro de mi condenación; que todo lo maquinaba y representaba el enemigo.

10. Pero como sus deijos son tan amargos y todos paran en desesperación, la misma turbación con que alteraba toda la república de mis potencias y los hábitos adquiridos me hizo más atenta para no ejecutar cosa

alguna de las que me inclinaba, o yo proponía. Valíase del temor continuamente, el cual me tenía crucificada sobre si ofendería a Dios y perdería su amistad, y aplicándome con mi ignorancia a las cosas Divinas para que me recelase de ellas. Y este mismo temor me hacía dudar en lo que el astuto Dragón me persuadía y dudando me detenía a no darle asenso. Ayudábame también el respeto de la obediencia, que me había mandado escribir y todo lo contrario de lo que sentía en mis sugerencias y persuasiones, y que las resistiese y anatematizase. Sobre todo esto era el amparo oculto del Altísimo, que me defendía y no quería entregar a las bestias el alma que en medio de tales tribulaciones, siquiera con gemidos y suspiros, le confesaba. No puedo con palabras encarecer las tentaciones, combates, desconsuelos, despechos, aflicciones, que en esta batalla padecí, porque me vi en tal estado que, a mi juicio, de él al de los condenados no había en el interior más diferencia de que en el infierno no hay redención y en el otro la puede haber.

>> sigue Parte 6 >>